

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

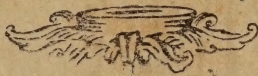
134

LACRUZ

DE

SANTIAGO

(Memorias de un limeño)



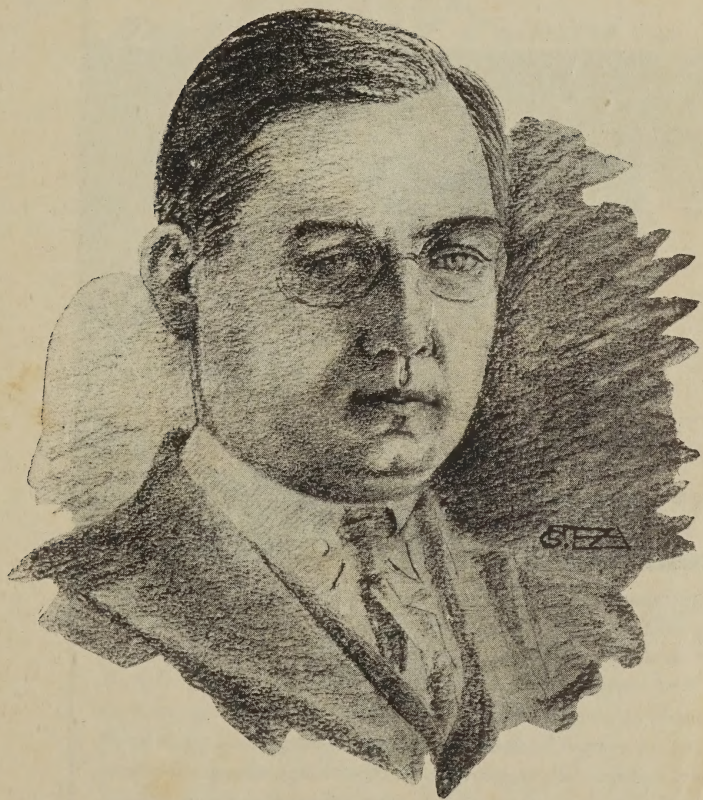
TRUXILLO

MCMXXXIV



929.2

C146c



ALA VERIDAY VENERADAMEMORIA
DE MI PADRE
Señor Don Manuel M. Camino ~

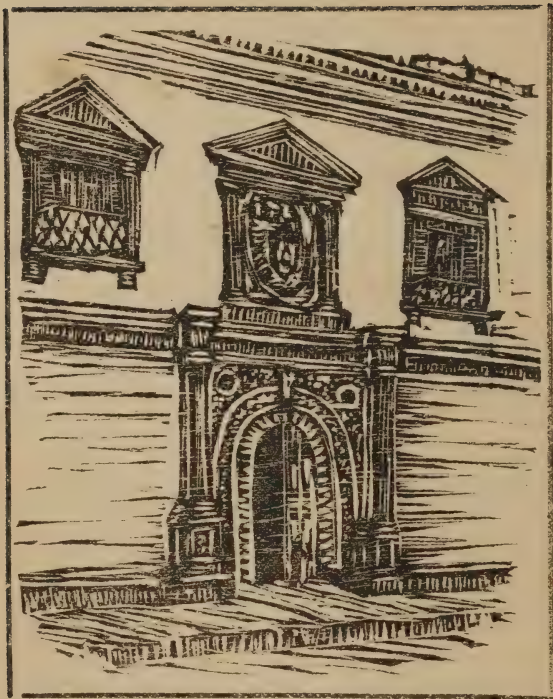


ESTAS páginas fueron soñadas en días dorados y tranquilos, ora en las montes de San Juan y Villa, oyendo el parloteo de las nidas, ora en las frescas galerías de nuestra quinta del Barranco desde donde veíamos las olas y los negros pinarés de Miraflores. Tuyo son, como tuya fue mi vida y tuyo es mi pensamiento; y la dedico a tu memoria recordando aquellas benditas horas en que tu amor y tu cuidado se extendían sobre mi juventud, como se extiende la sombra de un árbol venerable sobre el campo lleno de sol y de invivillos.

C.C.C.

Es propiedad reservada del autor

Tip. Golcochea Hnos. y Cia.



LA CRUZ DE SANTIAGO **(Memorias de un limeño)**

I

Nací en la opulenta y engreída ciudad de Lima, al finalizar el año 1784 y bajo la serena administración del Excelentísimo Señor Don Teodoro de Croix, caballero de la Orden Teutónica, Virrey, Gobernador y Capitán General del Perú por Su Majestad Don Carlos III Rey de España y de las Indias.

Asegura mi devoto Juan Zuleta, quien aún en estos días republicanos ejerce, en mi antiguo caserón, los oficios de cancerbero y depositario de la tradición familiar, que horas antes de mi llegada al mundo los amasadores sublevados en una panadería del barrio de Santa Ana

incendiaron el establecimiento que, a dos idas y venidas, se convirtió en pavesas y ceniza.

Las enormes lenguas de fuego que amenazaban llevar la chamusquina a todas partes; las carreras y gritos de los aguadores; los aspavientos de la muchedumbre que chillaba despaavorida y el espectáculo de dos negros carbonizados, y oliendo a chicharrón, que fueron extraídos de los escombros, impresionaron tanto a la dulce y sensible criatura destinada a ser mi madre, que no obstante las cruces hechas sobre el vientre, invocando a San Nicolás de Tolentino, me soltó intempestivamente en el balcón desde el cual crispada de horror, con los cabellos despeinados al viento y las temblorosas carnes apenas veladas por el camisolín de hilo flamenco, gemía y contemplaba el incendio.

Mi pobre madre murió en ese mismo día y yo, después de envuelto en pañales zahumados con alhucema, fuí provisto de teta mercenaria. El balcón fue clausurado y sólo una vez al año, por Corpus, Juan Zuleta lo abría para colgar del antepecho un tapiz simbólico que representaba a la Vida y la Muerte dándose las manos en una senda cubierta de flores y de espinas.

Sospechando que exista curiosidad por conocer algo de mi origen, vida y costumbres empiezo por declarar que desciendo de la más pura cepa visigótica. A la vista de mi cabeza, donde se advierte el noble desarrollo anterior del cráneo — característico de las razas blancas — y de los finos y dorados cabellos que me acompañan aún en mi vejez horaciana, hay motivos para desechar aquella ultrajante afirmación de que “en América, el que no tiene de indio tiene de mandinga”....

Mi padre arrancaba de una antiquísima familia de Asturias cuyo primer vástago histórico, un Don Sancho de la Barca, se había encontrado en la batalla de Clavijo donde luchó contra los moros, metido casi entre las patas del caballo de Santiago, lo que le valió para ser uno de los caballeros a quienes el rey Don Ramiro invistió, con el hábito y la cruz, al fundar la Orden de Santiago en recuerdo de la batalla ganada con el auxilio del glorioso apóstol.

Las armas de mi familia eran, por Barca, torre de plata en campo de azur con la leyenda “por la fe moriré”; y por Aguilar, águila de sable en campo de oro.

El primer Barca que se embarcó para el Perú llegó a Lima durante el virreynato de Don Francisco de Toledo. Traía el nombramiento de capitán de picas y sobresalientes y desem-

peñó ese puesto hasta su promoción a Corregidor de San Jerónimo de Ica. En esta ciudad logró redondear un fortunón, parte del cual invirtió en la compra de tierras, y a su regreso a Lima edificó, en el barrio de Santa Ana, la suntuosa mansión donde nacieron, después, todos los que en estas latitudes tienen de Barca por la sábana de arriba o por la de abajo.

Mi abuelo, siendo aún niño, fue enviado a España donde siguió la carrera de las armas. Hizo la campaña de Italia y, al terminarla, regresó al Perú cuando el virrey Amat trataba de organizar la defensa de la costa desde Panamá hasta Chile. Los momentos eran difíciles: España estaba en lucha con Inglaterra y Portugal y se temía una invasión a los dominios de América. Amat envió armas y dinero a Buenos Aires y al Paraguay; disciplinó las milicias, que llegaron a contar 5,000 infantes y 2,000 jinetes; reparó las murallas y tomó otras providencias en las que fue ayudado, con tino y sabiduría, por mi abuelo a quien el virrey correspondió haciéndolo Mayor del Regimiento de Nobles, y al firmarse la paz lo cruzó con uno de los 22 hábitos de Santiago que el rey de Nápoles — más tarde Carlos III — envió a Lima para distribuirlos entre sus más fieles vasallos.

Poco tiempo después mi abuelo se retiró de la milicia, y el rey, teniendo en cuenta sus

servicios, le dió el título de marqués de Peñahoradada — libre de lanzas y media anata — y lo nombró Regidor perpetuo del Cabildo de Lima y Prior del Tribunal del Consulado, oficios en los que murió, de un tabardillo, sin que en su accidentada vida le hubiera tocado ni siquiera un pelletazo de arcabuz.

En la época de su muerte el marqués de Peñahoradada era hombre de mucha numerata pecunia. Amén de la casa solariega de Santa Ana, huertas en el Cercado y callejones en el Tajamar de los Alguaciles, dejó dos grandes haciendas, en el valle de Ica, con más de 600 esclavos en cada una, y muchos zurroneos repletos de oro y plata marcada y ensayada. Para alimento de los presos en las cárceles del Santo Oficio, legó 10,000 pesos; y otros tantos para la refacción del convento de las capuchinas de Jesús María donde se conserva su retrato.

Allá, en los lejanos y brumosos recuerdos de mi niñez, se presenta el ilustre marqués tendido sobre catafalco de terciopelo negro con lágrimas de plata, amortajado con el hábito de Santiago, calzada espuela de oro y guantelete de hierro.....

Del matrimonio de este señor con su prima hermana, Doña María de la Barca y Zorrilla, nació mi padre quien casó con Doña Ana Vásquez y Menacho — el más lindo pimpollo de su generación — muy señora y madre mía. Las armas de los Vásquez eran seis roeles de azur en campo de oro; y las de los Menacho cáliz de oro en campo de gules y el mote “nosotros lo llevamos porque lo ganamos”.

Mi padre pasó muchos años de su juventud en las haciendas de Ica. Su figura era arrogantisíma y su generosidad sin límites. Había en él una extraña mezcla de chalán y caballero, y en sus pasiones favoritas — los potros, el vino y las buenas mozas — gastó parte apreciable de su patrimonio. Su compañero de aventuras era el famoso Don Alonso González del Valle, marqués de Campoameno, y a las franquichelas y pipiripaos que organizaban en sus respectivas haciendas concurrían las más garridas hembras del Trapiche, Los Molinos y La Tinguiña.

En uno de sus viajes a Lima, Don Cristóbal—tal era el nombre de mi padre—tuvo que mancornarse con la novia que sus progenitores le habían señalado. Las señoras morgánaticas de Ica quedaron fuera de vigencia, y la canónica pasó a vivir al caserón de Santa Ana.

A los dos años de matrimonio aconteció la

desgracia referida al comenzar estas Memorias. Mi padre creyó morir de pesar; pero, en la época del virrey Taboada, logró consolarse y el vacío que sentía, en el alma, lo llenó con el funesto amor a la literatura. La casa de Santa Ana se convirtió en un pequeño parnaso por la frecuente presencia, en ella, del poeta Terralla, el sabio Unánue, Fray Cipriano de Calatayud, el médico Dávalos, el clérigo Rodríguez de Mendoza — Rector del Convictorio de San Carlos — y otros ingenios de esos tiempos.

En los dorados salones de los marqueses de Peñahoradada se sucedieron certámenes en prosa y verso donde se leían los artículos que publicaban el “Mercurio Peruano” y el “Diario Erudito” y se comentaba la “Guía de Forasteros” con acompañamiento de bizcochos de garapiña y vino de Alicante.

Mi abuela, para quien los contertulios de mi padre eran plebeyos de tres al cuarto, no se dignaba asistir a estos certámenes que le producían el efecto de escupitajos en sus limpios salones. Muchas veces mi padre la encontró con el hocico de a vara y con ganas de ir a la greña; pero un buen día la amenazó con regresar a Ica, y como ésto significaría la vuelta a la vida de bacanal y escándalo, con el odiado Campameno, la buena señora tuvo que cabestrear y, desde entonces, no hizo sino aconsejarlo sua-

ve y discretamente pensando, tal vez, en que, como dijo San Francisco de Sales, “más moscas se cazan con una gota de miel que con un tonel de vinagre”.

La marquesa no se cansaba de repetir que ella había picado siempre muy alto, y que así continuaría picando aunque por permisión de Dios se viera en el trance de ir a buscar la sopa boba de los conventos. Nunca se le vió con muchas amigas porque ella misma reconocía que “la mujer más avisada o sabe poco o no nada”; pero las escasas amistades que cultivó todas fueron como aquella Doña María Ventura, mujer del virrey Guirior, santa y virtuosa señora a cuyo influjo se debió la conversión de infieles, el bando contra los carnavales y el alumbrado público que desterró las cochinas que se practicaban en las calles a vista y paciencia de las gentes que regresaban de la Comedia.

—¡Oh! los Guirior?, esos si que eran honestos y considerados, como que contaban entre sus parientes nada menos que a San Francisco Xavier.... Y como que Doña María había cedido, a los hospitales, los 10 pesos que, para sorbetes de los virreyes, entregaban las noches de función los empresarios de la Comedia, sorbetes que nunca dejó de atragantarse el viejo verde de Amat con la Perricholi....

Otras veces, mi abuela decía que por ami-

gos como los Guirior era un deber entregar hasta el cuello. Cuando llegó al Perú el Consejero de Indias Don José de Areche, con el título de Superintendente de la Real Hacienda y con facultades amplias que hacían irrisoria la autoridad del virrey, mi abuela se coló por todas partes y, con los amigos, escribió a Carlos III diciéndole que Areche estaba ajustando la cuerda demasiado, lo cual tuvo confirmación cuando estallaron los desórdenes en Lambayeque, Huaraz, Huánuco y otros lugares...

Desgraciadamente, el rey no hizo caso de estas advertencias y Guirior dejó el mando después de haber gobernado solamente cuatro años.

Y como la paloma de su castillo oratorio, la marquesa soltaba esta frase al final de sus discursos:

—“Cada oveja con su pareja”.

Mi padre murió, después de algunos años de literatura, con los hipocondrios y el hígado vueltos papilla. Ante el cadáver, Unánue hizo el recuento de las horas felices del difunto y, entre dos narigadas de rapé, aseguró que los polvos de Ica traían esos lodos.

Mis años infantiles trascurrieron serenamente y sin otro horizonte que el recinto de la vieja mansión de los Barca.

Desde pequeñín me entregaron a los cuidados de Nieves, una zambita acuciosa y linda como un ángel de retablo, esclava nuestra y que por su hermosura y habilidad era el encanto de mi abuela.

Nieves me envolvió en una onda de ternura y compasión infinitas, pues, al bautizarme, el cura había equivocado varias veces los latines. Para impedir que las brujas me encanijasen, chupándome el tuetanillo de los huesos, colocaba en mi dormitorio una escoba con las palmas arriba. No me cambiaba ropa los sábados porque, en esos días, lo hacen los judíos que azotaron a Nuestro Señor... En una palabra, me cuidaba con tanto esmero, y me consagró tal cariño, que llegué a quererla como a una madre.

Nieves era gallarda y cimbreante como un junco lleno de savia juvenil y ardiente.... Con los ojos negros y aterciopelados, la boca húmeda y bermeja, la voz vibrante y acariciadora.

Su origen africano sólo resaltaba en la rizosa cabellera y en los dientes blancos, menudos y apretados: dientes de hembra fuerte y sensual. Sus manos eran cónicas y gordezue-

las, de índices afilados y pulgares redondos lo que acusaba delicadeza de gustos a la vez que carácter violento e impulsivo. En efecto, Nieves era limpia como un chorro de agua pura, cosía como las propias rosas y guisaba con más arte que ese cocinero de Felipe IV que logró asar la manteca. Siempre estaba alegre y de buen humor. Nadie como élla para complacer a las amistades con un plato de seviche, anticuchos, sango o cualquier otro de los potajes que le habían valido ser señalada como la flor y nata del criollismo limeño; pero cuando se le subía a la cabeza la sangre de Africa, chillaba hasta ponerse ronca y acababa por caer, sin sentido, con espumarajos en la boca.

En cuanto a obligaciones, Nieves tenía la Intendencia general de la casa, y eran de su cargo operaciones delicadísimas como las de sacar al sol la vajilla de plata, y hacer varear y aceitar las onzas que se guardaban, en el sótano, dentro de zurroneos de cuero labrado.

A pesar de que me cuesta bastante trabajo evocar los recuerdos de la infancia, me parece, en estos momentos, ver a Nieves, en un día de verano, cruzar el patio vistiendo albísimo traje de zaraza, con la cabellera cuajada de aromas y el cuello rodeado por un cordoncito de oro del que pendía una cruz de Huamantanga.

En las tardes, a eso de las cinco, se ponía

en uno de los balcones a espiar al jazminero quien le llevaba un trozo de hoja de plátano cubierto de jazmines y flores de chirimoya. Después, pasaba el raicero y la proveía de tónicos para fortalecer la dentadura. Más tarde, pasaba el pajuelero y le vendía una mecha azufrada con la que encendíamos todas las velas de la casa.

*

* *

Por aquel entonces mi abuela era una señora muy gorda, de ojos verdes y saltones, cabellos desteñidos y manos de ociosa: blancas, tersas y pulidas no obstante los setenta inviernos en que ya frisaba. Por temperamento era flemática y tranquila, más en tratándose de Su Sacra y Real Majestad era más realista que el manto de armiños, perdía la sindéresis y la cabeza se le volaba de los cóndilos occipitales. ¡Quien iba a convencerla de que los fracmasones y liberales, que asesinaron a los reyes de Francia, podrían hacer buenos gobiernos!....

En estos tiempos de ciencia pujante y triunfadora, la Fisiología dice que abrir nuevas sendas al pensamiento es difícil, pues hay que utilizar células que no están acostumbradas al trabajo que se les quiere imponer. Vencer la ley

de inercia del pensamiento es tan árduo como vencer la del plano físico, y tal victoria era imposible en mi abuela por cuyas pistas cerebrales rodaban, desde muy antiguo, las solemnes y doradas carrozas del rey. Los hábitos monárquicos de mi abuela descansaban, pues, sobre una base fisiológica que solo la muerte podría destruir.

En cuanto a salud, la Providencia se había mostrado avara con ésta señora para quien el mayor suplicio era caminar. Pasaba las horas en un sillón de vaqueta leyendo “El Evangelio en Triunfo” a través de sus gafas de Venecia. A juzgar por el poco movimiento que daba a su cuerpo, la marquesa de Peñahoradada debía tener el cerebelo tan poco desarrollado como el de los peces planos que viven, casi inmóviles, en el fondo del mar.

En sus trajes, la marquesa era tan conservadora como en sus ideas. Las raras veces que salía a la calle, usaba corpiño de tentación y faldellín de campana, o guardainfante, cortados en esas ricas estofas platerescas que visten las damas en los retratos de Pantoja y Sánchez Coello.

Mi abuela amaba el lujo y el boato del Renacimiento español y vivía, orgullosa y satisfecha, en la casona de Santa Ana, que había sido respetada por tantos terremotos, y cuyo exterior,

del más puro estilo grecorromano — severo hasta la aridez y sin otra ornamentación que las líneas de los órdenes clásicos — disonaba con el interior lleno de fausto y magnificencia.

El enorme caserón presentaba dos cuerpos dóricos cuya solemnidad evocaba las moles de granito que el asturiano Herrera edificó para simbolizar el carácter sombrío y la entereza de Felipe II.

Sobre el ático — entre leones, grifos y sirenas de ampuloso seno — campeaba el escudo de los Barca, dando prestancia a la puerta de cedro nicaragüense que lucía chatones bruñidos y un fantástico aldabón donde dos sátiros, entrelazados, se embestían con los cuernos.

En el segundo cuerpo estaban los balcones cuyos antepechos, forjados en losanges, eran obra de un artífice del siglo XVI.

Contrastando con el rígido aspecto de la fachada, en los salones y galerías, se conservaban muebles suntuosísimos de la buena escuela española: bargueños con pie de puente y cajoncillos incrustados de marfil y plata; mesas de forma trapezoidal; pesados sillones de nobles maderas revestidos de guadamaci; armarios de taracea.....

Encerrados en molduras doradas pendían, de las paredes, oscuros lienzos que representaban a los miembros de mi linaje. Allí se veían

damas de jubón y tontillo; prelados de muceta y capelo; torvos capitanes ataviados unos con los fuertes y sencillos arreos visigóticos; otros con la gorguera, el ferreruelo y la espada de retorcidos gavilanes de los Austria; otros con la peluca hiperbólica y el bigotillo a lo Felipe V o la graciosa coleta y la chupa bordada a lo Carlos III.....

Toda esa frialdad exterior, en pugna con la esplendidez de los salones, reflejaba el carácter y el españolismo puro y ardiente de los Barca; almendras dulcísimas con cáscara amarga; adustos en sus costumbres pero delicados en sus sentimientos, y vasallos fidelísimos del cetro español.



¡Oh! los recuerdos de mi niñez!...

En las mañanitas, después del chocolate y del Bendito, bajábamos al patio a dar alpiste y maíz molido al huanchaco prisionero en jaula de caña. Después, nos dirigíamos a la huerta en busca de capulíes para los gorriones.

Nieves iba de veinticinco alfileres, con las motitas muy lustrosas por la pomada de coco, y mirando a todas partes. Repentinamente aparecía, como si lo acabara de vomitar la tierra, el

hortelano: un robusto mocetón catalán gran comedor de coles, como Catón, y eternamente saturado de la esencia sulfurada de esas hortalizas.

—Bon di tinguin.

Nieves sonreía y el diálogo empezaba siempre igual:

—Ño Castells, anoche ha ladrado mucho Caifás....

—Es clar! ¿Que había de fer?

—Habrà visto brujas?

—A les nits, al punt de les dotze, les bruxes surten.

Nieves se estremecía coquetonamente y Castells continuaba:

—Posen les olles dels untents al foch, y aixis que van ser calents s'untan y surten per la xemeneya.

Nieves volvía a estremecerse y nos alejábamos del catalán quien, entre compasivo y furioso, decía:

—No pensavem que fossis tan cobart!....

Otras veces mientras yo iba a despertar a los abejones entumecidos aún en la corola de las rosas, Ño Castells señalaba a Nieves su casita medio oculta entre las madreselvas y los ñorbos:

—Vols venir ab mi casa que t'endaré butifarras y pernils?

Y Nieves, con la mirada húmeda y los labios temblorosos, contestaba hipócritamente:

—Bien está el pernil en el garabato!...

•

* *

En las tardes doradas, tranquilas y abrasadoras del verano era un goce mirífico tomar un baño en el estanque alicatado de la huerta.

¡Qué deliciosa frescura encontrábamos al chapotear entre las sagitarias y nenúfares, envueltos en la suave y azulada penumbra de un suche cuyas flores, como manos abiertas de princesas exangües, nadaban sobre el agua cristalina! ¡Y como chillaba Nieves cuando, entre los juncos, sorprendía a las arañas inmóviles en sus rosetones de seda donde se envascaban las chupajeringas de alas espejeantes como hojas de mica!...

A esas horas, la huerta era como una matriz vibrante donde, a los besos de un sol de fuego, se cumplían los misterios del amor y de la polinización. En los senderos, endurecidos bajo los tremendos zapatonos de Castells, las grises lagartijas se perseguían atormentadas por el aguijón de la carne. Ocultos en los rosales, y sofocados por el calor, los gorriones se daban estacazos. Y las abejas de oro, hundiéndose

se en los nectarios repletos de miel, se cubrían del polen que haría fecundos los estigmas de otras flores.

Después del baño era la gran zampada de higos y abridores y las valientes excursiones a los confines de la huerta. En esos sitios, encantadores por su hermosura agreste y salvaje, encontrábamos tunas rebosantes de dulce y helado jarabe, y bullían animales raros y esplendentes como joyas de reina bárbara: langostas con alas de nervuras rectilíneas y verdes pronatos aquillados; mariposas de satén blanco moteado de azul; moscardones vestidos de borra aterciopelada y con rutilancias de cobre y fulguraciones de topacio y esmeralda; alacranes de cola prismática y feroces cizallas, que parecían tallados en ámbar....

Las avenidas espejeaban con la baba de espesos batallones de orugas que movían la cabeza y ondulaban la grupa, ebrias de voluptuosidad ante el hálito de horno que despedía el suelo.

Al caer de la tarde salían, dando saltos y volteretas, los humildes sapos de dorso galeado que vivían escondidos entre las macetas de claveles y geranios que bordeaban el estanque. Huyendo de esa invasión, subíamos al mirador, en forma de mitra, donde se conservaba intacto el Sancta Santorum de mi padre: un

cuartito con mampara de vidrios azules, lleno de librotos, desde el que veíamos, en conjunto, el macizo caserón de mis abuelos, la ciudad, los Andes y el Mar del Sur...

Ante el piélago rayado de verde y azul, del que brotaban las islas pintadas de amatista por las luces del crepúsculo, pensaba yo en lo hermoso que sería navegar teniendo por bóveda el espacio y, a los pies, un elemento implacable empujando, unas tras otras, sus olas encrespadas.

Después, mirando a los Andes, pensaba que también sería bello trepar a esas sierras enormes que veía erguirse sobre sus primeros estratos; subir por escaleras de granito junto a las cascadas mujientes que saltan entre vértigos de espuma; llegar hasta los riscos nevados donde la solitaria huamanripa abre sus flores de felpa roja....

A la vista de esas dos majestades: la tierra y el mar, principió a formarse, en mi alma de niño, la noción de lo infinito alimentada por el misterioso influjo que los colores verde y azul ejercen sobre los temperamentos impresionables.

¡Me iba volviendo poeta, sin saberlo!....

Una que otra vez me tocaba hacer visitas. Nieves me conducía, muy rizadito y perfumado, a casa de mis padrinos, los condes de Premio Real; a la de los marqueses de Montemira; los condes de Monteblanco u otros señores de la más rancia nobleza colonial.

En cuanto a espectáculos, frecuentábamos el corralón de Ño Manuelito donde nos divertíamos con las gracias y desgracias de Perote y Santiago Volador.

*

* *

¡Yo tenía la pasión de la libertad!...

Tal vez a esta época tan lejana, que voy historiando, se remonta la génesis del sentimiento altivo y fuerte que armó mi brazo en los campos de Pichincha, Junín y Ayacucho. A pesar de la vigilancia que Nieves ejercía yo lograba escaparme a menudo, para lo cual aprovechaba los momentos en que ella estaba en la huerta cortando rosas y margaritas para la Virgen del Rosario de Santo Domingo.

En esas ocasiones bajaba yo, como un rayo, las escaleras de anchos y tendidos peldaños y me dirigía al zaguán, donde se levantaba un arco del más clásico medio punto, con la inscripción "AVE MARIA ORA PRO NOBIS".

Al pie del arco había cañones de bronce, con el fogón enclavado, y fuertes cadenas herrumbrosas que me servían de columpio.

¡El zaguán era mi encanto! Allí se conservaban frescos donde el Buen Samaritano vertía ocre rojo y amarillo, que representaban vino y aceite, sobre las heridas de un pobre caminante; y el pastor David alzaba, por la hirsuta pelambreira, la espantable cabezota de Goliath.

A lo largo del zaguán, pegado a las paredes, corría un poyo cubierto de esquisto pizarroso, que me enfriaba las nalgas, y donde hacía luchar a las arañas cazadas por Ñagué, un arrapiezo a quien tenía yo encomendado el oficio de Montero Mayor del Reino.

*

* *

Otro de mis placeres favoritos era encender el velón que, dentro de un fanal, se colgaba en el zaguán. El portero me permitía bajar y subir la cuerda y el agrio chirrido de la polea, tomada de orín, era, para mí, un goce barato e inocente.

*

* *

Con los primeros fríos de junio, mi abuela se acatarraba y padecía de grandes jaquecas. ¡Pobre señora! Me parece estar viéndola, envuelta en su pañolón de Lambayeque, con parchecitos de tabaco bracamoro en las sienes y cataplasmas de llantén en el cogote. Durante aquellas crisis el genio se le ponía atroz, y suspiraba con envidia cuando me veía atacar la olla podrida, donde campeaban garbanzos y chorizo extremeño, y echarme al colete dos paltas de Lunahuaná o tres chirimoyas de Santa Eulalia.

La enferma pasaba esos días tosiendo, carraspeando y con “La Vida y Excelencias del Señor San José” bajo los ojos lagrimeantes, mientras yo buscaba, entre las colgaduras, moscas a quienes aplicar el denigrante y divertido suplicio de la calilla.

En las tardes llegaba, en su machito prieto, el Doctor Don Tomás de Barinaga, físico y médico de gran reputación que a su inmenso saber aunaba las cualidades, decisivas e inapreciables en el Perú, de tener la piel blanca y la sangre pura.



El doctor Barinaga era un viejecito peque-

ño y endeble, con una gran cabeza — llena de sabiduría — inclinada sobre el tórax despechado. Su frente, muy amplia y de rectas arrugas, y sus ojos, color de granadilla, denotaban juicio y memoria.... Y el equilibrio y nobleza de su espíritu se leían en la nariz, hermosa y de regulares proporciones, sobre la que cabalgaban espejuelos verdes.

Este extraño ser caminaba a saltitos, con un gracioso trotecillo de ratón, y era exageradamente limpio y meticuloso. Vestía casaca de seda con botones de oro; chupa bordada; calzón a la rodilla; media de Privilegio y zapato de pana con hebilla de plata. En todo tiempo usaba capa de paño veintidoseno y, en el verano, se defendía del sol con una sombrilla de tafetán.

Tenía aversión a las mulas y no montaba sino en machos a los que engreía como a hijos.

La ciencia hablaba por la boca hendida de Barinaga quien era la suma y el compendio de todos los conocimientos humanos. A semejanza de la noctiluca, ese misterioso protozoo que ilumina las noches en los mares tropicales, Barinaga era diminuto y sencillo pero irradiaba luz.... ¡Cuánta diferencia había entre él y los ignorantes y presuntuosos mulatos limeños en cuyas manos estaba el arte de Hipócrates!

Como todos los sabios de su época, Barinaga pasaba por gran latinista. Nunca se le

oyó decir arroz con frejoles, plátano, palta o chocolate sino *Faseolus vulgaris* et *Orissa sativa*; *Mussa paradisiaca*; *Persea gratisima*; *Theobroma cacao*....

Desde muy joven se había dedicado al estudio de la Medicina y, sobre todo, al de aquellas ciencias conjeturales cuyos secretos fueron, durante mucho tiempo, avaramente guardados por los magos y sacerdotes en los antiguos templos de la Caldea y el Egipto. Merced a ellas, Barinaga predecía el futuro y conocía el carácter y las aptitudes de las personas con solo el examen de sus manos y rasgos fisionómicos.

El sabio doctor tenía culto profundo y respetuoso por la mano humana cuya fuerza, destreza y elegancia le hacían pensar que tal órgano era la obra maestra de la Creación. Si Barinaga hubiera alcanzado los tiempos de Darwin, Haeckel y la Anatomía Comparada, habría sufrido al saber que ese brillante órgano, que lo elevaba hasta Dios, era obra de dos fuerzas ciegas: la adaptación, que conciliando las necesidades del individuo con el medio que habita hace que con la misma cantidad y disposición de huesos la extremidad anterior sea pata en el perro, aleta en el delfín, ala en el pájaro y mano en el hombre; y la herencia, que perpetúa el trabajo de la adaptación. Cierto era que entre la extremidad de cinco dedos del Sozobran-

quío, primer esbozo de mano en la escala animal, hasta la mano blanca, tersa y pulida — que mi abuela daba a besar al ilustre doctor — había mucha distancia, pero no era menos cierto que esta mano descendía de la otra.... Indudablemente, Barinaga hubiera desechado, por encontrarlas poco acordes con sus principios ortodoxos, éstas humillantes conclusiones de la ciencia moderna.

Había que gozar a Barinaga en una reunión de gentes espirituales y conversadoras. Entonces, exprimía los dos mil gramos de su cerebro y pasmaba con el saber que encerraba en los ocho huesos del cráneo. Cuando alguien le tendía la mano, inquiriendo datos sobre el futuro, Barinaga empezaba un discurso que siempre era el mismo en la forma y en el fondo. Según él, los asirios, egipcios y griegos habían poseído vastos conocimientos en la ciencia quiromántica. Aristóteles hablaba de ella, en sus obras. A Julio César se le advirtió que corría peligro en los idus de marzo y, en uno de ellos, fue asesinado. Plinio el Mayor se ocupaba de quiromancia, y Alberto Magno y Paracelso... Los filósofos moriscos Avicena y Averrhoes habían sido, también, quirománticos....

Nunca recuerdo haber visto a Barinaga llegar a casa sin libro en mano y, unas veces, llevaba la "Physionomiae ac Chiromantia" de Bar-

tolomeo della Rocca; otras veces, el “Thesaurus”, la “Opus Chiromantiae Absolutíssimae” o el “Alberti Parvi Lucii”.

Al igual que las grandes lumbreras del Renacimiento, Barinaga era médico, matemático y astrólogo. Según él, un niño nacido en el momento en que tal astro o estrella estaba en tal o cual situación respecto de nuestro planeta, tendría éstas o aquellas tendencias y aptitudes. Algunas veces fallaba; pero, entonces, sacaba a relucir este aforismo que es como la puerta de escape de la vieja ciencia astrológica y que por estar en latín tiene marcado sabor de verdad: “Astra inclinát, non necessitat” lo que significa que si bien los astros nos predisponen a ciertas tendencias, la voluntad puede hacernos reaccionar contra el Destino.

Donde quiera que estuviese Barinaga no se veía sino manos que se despojaban del guante de piel de perro; cabezas que se destocaban; narices, bocas y orejas prontas para la palpación acto precursor del tremendo horóscopo.

Para Barinaga había planetas favorables, como Júpiter y Venus; desfavorables, como Saturno y Marte y neutros, como la Luna y Mercurio.

Al llegar junto a mi abuela, en los días de enfermedad, le tomaba el pulso de un modo honesto; empleando solo el índice y el pulgar pa-

ra presionar nada más que la arteria radial. Después, examinaba la lengua; meditaba un rato y venía la explicación lata y sapientísima, hecha en tono grave y doctoral, frunciendo el potente entrecejo y avanzando la diestra con movimiento de circunnutación que hacía el efecto de entornillar las frases.

—Dolor de cabeza? ¡No me extraña! Es frecuente cuando el sol está en Taurus, especialmente tratándose de personas casadas.

El vientre? Muy natural! el sol entra hoy en Virgo....

Mi abuela, ronca por el resfriado que congestionaba de sangre sus cuerdas vocales, asentía a cada frase:

—Sí, doctor. Sí, doctor....

Para todas las dolencias Barinaga tenía unos

polvitos, que obraban maravillas, confeccionados a base de lágrimas de gato viudo y habitas de gorrión sordo.

En el solsticio de verano atacaba a la marquesa un feroz dolor en el colodrillo, y, entonces, Barinaga ordenaba pediluvios y sangrías. Otras veces, en el solsticio de invierno, era la terciana: Barinaga hacía quedar en cama a la enferma y le propinaba los polvos que los jesuitas le aplicaron a la condesa de Chinchón.

Esos días los pasaba yo en el dormitorio,

hurgándome las narices o comiéndome las uñas, junto al viudo lecho de mi abuela que, profusamente adornado con rodapié, cortinas de damasco y encajes en las sábanas de finísima breña, se alzaba sobre una tarima de media vara de altura, circundado de una barandilla de roble. Bajo del lecho yacía la tabla que, en los jueves y viernes santos, lo dividía, desde la cabecera hasta los pies, para impedir cualquier involuntario rozamiento de mis abuelos en esos días de ayuno absoluto.

*
* *

En julio, los pisos se cubrían con alfombras del Cuzco y no se me dejaba asomar a los balcones para que el aire húmedo no me resfriara. ¡Qué tristes me parecían las horas de llovizna, cuando los gallinazos permanecían con las alas abiertas mirando los negros caldos y pestilentes mermeladas que corrían por las acequias de la ciudad de los Reyes! ¡Qué pena me daba no poder llegar hasta el balcón donde tenía la casa de las muñecas de trapo que me fabricaba Nieves!....

Durante esos largos meses de invierno, yo me consideraba infeliz; y solo me alegraba cuando, con la roja barretina en una mano, y

haciéndose todo ojos por ver a Nieves, subía Castells — más saturado que nunca de gas sulfídrico — y me alargaba un puñado de guayabas:

—Mengéuselas que son una exquisitat.

Castells se quedaba conversando con nosotros hasta la hora del almuerzo, en que se despedía:

A la taula é al llit, al primer crit....

*

* *

Cuando estuve un poco crecido, después del sarampión y las paperas, mi abuela me obligó a sentarme a la mesa con las amistades que los sábados comían en casa.

Poco antes del toque de oración empezaban a llegar los comensales siendo el primero, casi siempre, el señor Don José Toribio de Urzúa, Doctor en Sagrada Teología de la Muy Ilustre y Pontificia Universidad de San Marcos, Cura propio de la Parroquia de Santa Ana y Capellán de los marqueses de Peñahoradada.

El doctor Urzúa era un hombre de baja estatura, grueso y algo calvo. Su frente lisa anunciaba ausencia de preocupaciones y penuria de ideas. Sus ojos eran de ese color azulado tan común en las personas de poca energía. Era un bonus vir cuya bondad resaltaba

en su nariz de punta redonda, y en su barbilla carnosa. Su boca, de labios gruesos, y dientes anchos, espesos y mojados, indicaba glotonería; lo mismo que el rojo y turgente mamelón de sus orejas. Tenía las manos blandas y calientes lo cual estaba en relación, al decir de Barinaga, con el carácter alegre y afectuoso de nuestro capellán.

Aparte de ésto, Urzúa era un gran adúlón. Le gustaba hacer el caldo gordo a todos los poderosos. En cuanto a luces, fuera de la Suma de Santo Tomás de Aquino, y uno que otro tratado de algún Padre de la Iglesia, no poseía más bagaje. Pero, ésto, no le impedía ser feliz: gozaba la vida y sabía encontrar el mérito al pollo mechado con tocino y al pastel de choclo de nuestra mesa.

Cuando yo conocí al doctor Urzúa, la apoplejía lo acechaba, pues, según Barinaga también, estaba en esos 54 años fatales para los jupiterianos. Con frecuencia su rostro tenía el color del jamón cocido, y después de las comidas, se tornaba purpúreo. Era gran amigo del tabaco y fumaba tanto que, al reir, le silbaban los bronquios y le venían accesos de tos que le inyectaban y proyectaban los ojos de una manera espantosa.

Confieso que nunca hice buenas migas con Urzúa pues, aparte de la adulación, tenía el

defecto de ser un poco descuidado en su persona. En los días húmedos del invierno apesataba a tres tiros de arcabuz....

Hace muchos años que el doctor Urzúa, convertido en fosfato tribásico de cal, descansa en algún negro agujero del pepinal de Ansieta, y, sin embargo, tengo registrado, en la prominencia unciforme del cerebro, el nauseabundo tufo proveniente de la oxidación de sus ácidos grasos.

Urzúa andaba, casi siempre, mugriento; en virtud del curioso daltonismo que ataca a los grandes fumadores, confundía el color de las cosas y el verde de su sotana le parecía negro. Pero, en los días de repicar gordo, como el cumpleaños de mi abuela, se aparecía con sotana nueva de chamelote de seda, manteo de paño de Segovia y sombrero de vicuña que yo me calaba hasta las orejas para asustar a Nieves que corría por toda la casa gritando:

—El duende! El duende!

Después de la copiosa comida, regada con libaciones de buen tinto de Cataluña, Urzúa enmudecía, como si le hubieran cortado el hipogloso, y se quedaba dormido en santa ignorancia del proceso por el cual, las células de su or-

ganismo, empezaban su trabajo para enviar albúmina acá, azúcar allá. Lleno, desde el cár-

días hasta el píloro, el ilustre doctor en la más antigua de las ciencias, dormía dejando escapar un ténue silbido de sus bronquios irritados por el tabaco.

*
* *

Otro de los comensales era Don Antonio de la Puente y Campusano, Conciliario Perpetuo de la Santa Inquisición y Guarda Mayor de Bosques y Plantíos de la ciudad de Lima. A este señor lo señalaba el ilustre Barinaga como al tipo clásico del saturniano: alto, seco y ave-llanado, con perfil de águila y frente abultada de camorrista. En sus ojos grises había esa transparencia propia de las gentes sombrías y celosas. Su nariz, convexa y de fina arista, denotaba imperio; y sus labios, apretados y con las extremidades caídas, indicaban maldad y tristeza.

El Conciliario padecía, como mi abuela, de grandes catarros que irritándole la trompa de Eustaquio lo habían vuelto casi sordo. No probaba el huevo ni la leche, por no revolverse la bilis, y le gustaba paladear limonadas chas-queando la lengua, con la cabeza echada atrás y los ojos beatíficamente entornados. Este severo varón comía muy poco, le bastaba un pla-

to de ensalada de lechugas con mucho vinagre al abuso del cual debía una voz áspera y desapacible.

Como a todo inapetente, al Conciliario le gustaba averiguar el *initium* et *finis* de las cosas y la lógica y la sanción de los actos humanos; y se esponjaba de orgullo cuando el adulón de Urzúa, con la boca llena de pastel y un hilo de baba pendiente de los labios, decía que “el señor Conciliario atesoraba el espíritu filosófico en alto grado”....

A golpe de nueve, después del colmado cangilón de chocolate de los Yungas, se despedían los visitantes ufanos por haber charlado, durante tres horas, de Dios y del Rey, las dos sólidas columnas sobre las cuales reposaba el Universo, según el criterio de esa gente docta y honorable. Yo besaba la mano de mi abuela y me dirigía a dormir, deteniéndome en la tinajera para beber un coco de agua pura, fresca y delgada. Nieves me desvestía, rezábamos el Bendito y, a los diez minutos de estar entre palomos roncaba yo como un chantre.

Después de los vergonzosos días de las lombrices, en los que me faltaban dedos para las dolorosas exploraciones, empecé a salir a la calle con más frecuencia. Festividades de la Virgen, misas de gracia, toros embolados, danzas de pallas y africanos, todo lo ví en compañía de

Nieves que, en esas ocasiones, lucía faldellín de raso mordoré, medias color de carne y peinetas de cacho con lentejuelas.



El domingo de Cuasimodo íbamos a la procesión, y al ver a la Tarasca, entre diablos, gigantes y papahuevos, la carne se me volvía de gallina. Al anochecer, no quería estar solo ni a tres tirones y lloraba por dormir con Nieves. Generalmente ella accedía, y después de rezar el Magnificat ante un altarito donde entre milagros y velas se alzaba un San Antonio de Huamanga, nos metíamos a la cama blanda, profunda y propicia para el sueño dulce y confiado.

—¡Ahí viene el diablo!, decía Nieves abriendo los brazos, entre los que yo me escondía, brazos frescos, redondos y más suaves que el raso de Filipinas!

¡Que rico era el calorcito del cuerpo de Nieves, y que bien olía mezclado al aroma de los membrillos guardados en el cajón de su ropa blanca! En esos momentos, Nieves debía sentir un gran temor de perderme, pues, con labios secos y vibrantes, me besaba en las mejillas, los ojos y la boca.... Y enlazándome, entre sus ágiles y doradas piernas, me daba tales estre-

gones que yo percibía, en el vientre, el tibio roce de su espeso madejón venusiano....

A la mañana siguiente yo despertaba antes que Nieves, y me extasiaba viéndole, apenas ceñido por el cambray, el seno alto y pujante, la cintura cenceña, las firmes caderas armoniosas.....

Después de una de esas noches, Nieves amanecía con grandes ojeras azules, un humor de perros y dolores en las hijadas que le calmaban aplicándose saquitos de afrecho caliente. Me recomendaba que no dijera que habíamos dormido juntos, a fin de que no me llamaran "maricón"; y yo me cosía la boca, con dos cabos de zapatero, por miedo a que me cantaran aquello de:

"Mariquita sin calzón"....



Para la fiesta de Corpus, mi abuela mandaba colgar nuestra calle con cintas y banderitas de madapolám que, con una semana de anticipación, fabricábamos Nieves y yo ayudados por el negro calesero.

El trabajo empezaba con mucha seriedad y compostura. El calesero, frunciendo la jeta y empleando palabras escogidas y honestas, nos

contaba historias de las brujas de Ica y dirigía tiernas miradas a Nieves quien acababa por amoscarse:

—Que tanto me miras, negro jetón.

Aquello de jetón era un disparo con bala del que se vengaba el calesero cantando:

“zambita curucundé”,

“econde la pata que te se ve”

Nada más era necesario para que se armara una rebujina de los mil demonios. Con voz trémula y chillona, Nieves decía, al negro, de lo bueno y bien cernido, con tanta facilidad que parecía mentira que, para hablar, estuviese poniendo en juego 44 músculos diferentes.

Por su parte, el calesero no le iba en zaga; y, entre otras lindezas, afirmaba que la madre de Nieves era bruja y que la Inquisición la había sacado, por las calles de Lima, en bestia de albarda, con sambenito de dos aspas, corozza, pregonero y espantamoscas.....

La reunión acababa a capazos, tirándose, entre Nieves y el calesero, el pote del engrudo y las cañas bravas.

El día de la procesión, la portada y los balcones desaparecían bajo las colgaduras de costoso terciopelo. Permanecíamos ocultos tras de los antepechos, y al aproximarse el Santo de los Santos, salíamos y arrojábamos, ardiendo en generosidad y amor de Dios, una lluvia de mix-

tura y agua de Lavanda y soltábamos palomas blancas con lazos azules en el cuello.

No podían portarse de otra manera, decía Urzúa, los descendientes de aquellos esforzados y piadosos Barca que, en su escudo, tenían el mote: “por la fe moriré”.

Terminada la fiesta, se recogían las colgaduras y se guardaban, con pimienta de chapa y alcanfor, en grandes arcones de donde no salían hasta el Córpus venidero.

II

Deslizándose los años del modo que llevo referido, en estas Memorias, llegué a la edad en que los poetas colocan la primavera de la vida, sin darme cuenta ni de la condición política ni del gobierno bajo el cual vegetaba como un arbolillo.

Con frecuencia, oía decir a mi abuela y sus contertulios, que el virrey Croix había sido todo un buen mozo, muy inteligente y modesto, y que Taboada — el gran protector de las Bellas Letras — había enviado mucho dinero a España para combatir a los terroristas de Francia. En 1796, O'Higgins, a quien mi abuela llamaba Ño Ambrosio el Inglés — como en los tiempos en que el futuro virrey del Perú era un pobre mercachifle vendedor de agujas y peinetas — subió al mando. Hizo empedrar las calles, concluir las torres de la Catedral y fabricar la Alameda de Acho y el camino al Callao. En 1801 murió; se le hicieron suntuosos funerales y su cadáver fue sepultado en la iglesia de San Pedro.....

Finalizaba el gobierno de Avilés cuando ocurrió algo trascendental: aprendí a leer y, desde entonces, mi vida varió por completo.

Junto con el Catón Cristiano, mi abuela, aconsejada por Urzúa, me hizo aprender de paporrera el Nobiliario de la familia.

¡Estos fueron los días más amargos de mi existencia!

Los sábados, después de la comida, era el exámen. El horrible Urzúa, entre eructos y bostezos, preguntaba:

—Vamos a ver, perillán: ¿cuáles son las armas de tu familia, por los Barcas?

—Torre de plata en campo de azur.

—¡No te saques los mocos! ¿Qué significa la plata?

—Corresponde al blanco. Simboliza la perla, la luna, el agua, el día lunes, los meses de enero y febrero. Es el emblema de la verdad y de la fuerza. Representa la franqueza, la integridad.....

—Basta! Basta!

Urzúa encendía un cigarro parecido a un as de bastos, lanzaba una bocanada de humo y, mirando furtivamente a mi abuela, entre un acceso de tos reanudaba el examen:

—¿Y cuáles son las armas de los Zorrillas?

—Encina de sinople y dos lobos rojos en campo de plata.

Mi abuela se ponía roja de satisfacción al oír el significado heráldico de su blason materno, tan limpio como el paterno. El sinople simbolizaba la esmeralda, el planeta Mercurio, el día miércoles y el mes de mayo. Representaba la esperanza, la honra, la amistad, la cortesía, la abundancia y el respeto. Los lobos significaban valentía y victoria con presa y despojo.

¡Qué ingratos recuerdos los de esas noches de Barrabás!.....

Me parece estar viendo a mi abuela derrumbada en su sillón de vaqueta. Sobre la blanda alfombra jugaba "Caravelí", el gatito engreído, y en la mesita del revesino, que acercaba Urzúa para empezar un partido con la marquesa y el Conciliario, ardía una vela de cera rosada dentro de guardabrisa de cristal de roca.

¡Maldito clérigo! No solo dió muchos malos ratos a la región amarilla de mi pituitaria, con su falta de aseo, sino que, también, me hizo derramar mucha bilis con su manía de exámen.

Por mucho tiempo, Urzúa se constituyó, *motu proprio*, en el Rey de Armas de todas las familias de buena mesa. Si se mentaba a un González, el horrendo clérigo imponía silencio, levantando una manaza:

—González: castillo de oro en campo de gules.

Si se mentaba a un García, Silva o Carranza otra vez venía la interrupción:

—García: garza de sable en campo de plata. Silva: león de gules en campo de plata. Carranza: lobo de sable y castillo de plata en campo de sinople.

*

* *

Cuando estuve en edad conveniente, mi abuela consultó con Urzúa, en su calidad de capellán de nuestra casa, y con mi padrino y parientes, sobre la carrera que debía procurármese. Urzúa fue de opinión que se me dedicara a la Iglesia o al Foro; pero mi padrino, el Conde de Premio Real, manifestó que el heredero del marquesado de Peñahoradada no debía dedicarse sino a la noble carrera de las armas, declaración que fue acogida con entusiasmo por mi abuela, quien hubiera querido tener cien nietos para ofrecer cien lanzas al rey. Pero cuando el Conde aconsejó que me matricularan en el Convictorio de San Carlos, mi abuela y Urzúa se opusieron abiertamente. Al Convictorio no iría porque aquel era un foco de insurgentes y descreídos. Decía la buena marquesa, que la aristocracia y la juventud de Lima estaban perdidas. La Condesa de Fuente González, el Marqués de Montemira y el de Mozobamba del Pozo, el Vizconde de San Donás y

otros miembros de las más linajudas familias de Lima, lo mismo que muchos carolinos, habían sido denunciados por la Inquisición a causa de leer obras prohibidas. Y esta derrota de la aristocracia y de la juventud inquietaba tanto a mi abuela que, al fin, la decidió, a enviarme a España en busca de ambiente más propicio y en armonía con la tradición monárquica de los marqueses de Peñahoradada. No le faltaba razón a mi ilustre abuela. Por ese tiempo, gran número de aristócratas, eclesiásticos y personas de los demás círculos sociales, animadas por las ideas de la Revolución Francesa y el ejemplo de las colonias inglesas de Norte América, principiaban a ocuparse de la emancipación del Perú.

En medio del secreto, y de los riesgos que se corrían, cada cual aportaba algún contingente; y el Convictorio, dirigido siempre por Rodríguez de Mendoza, el antiguo contertulio de mi padre, era el principal centro donde, con todo silencio y precaución, se cultivaban las doctrinas más liberales y se difundían los principios protectores de la independencia.

*
* *

Estaba listo mi viaje para el galeón de agosto, cuando enfermé con una extraña dolencia,

que al principio se creyó gota coral, y a instancias de mi padrino fuí a convalecer al Pacayar de Premio Real, situado en el camino a la rancharía de los Chorrillos.

Durante la temporada que pasé en el campo, la arrogante y bondadosa Doña Mariana Zugasti Ortiz de Foronda, mujer de mi padrino, me dió a leer la "Historia de los Doce Pares de Francia", la de "Amadis de Gaula", "Tirante el Blanco" y otros libros de caballería que despertaron, en mi, la afición por las espadas de perrillo y los puñales de misericordia. El Conde me enseñó, en un santiamén, las cuatro generales y quedé en disposición de mandar prójimos al otro mundo.

*
* *

Cuando regresé a la casa de Santa Ana, después de algunos meses de ausencia, ya no era yo el niño tímido y pazguato que vivía prendido al faldellín de Nieves. Un cambio completo se había operado en mi ser. Sobre el labio superior principiaba a crecerme un bozo fino y dorado. Mi antigua voz, dulce y juvenil, de gran comedor de fruta, se volvía grave, engolada, y una secreta angustia me oprimía la garganta cada vez que Nieves quedaba a solas conmigo.....

Mis aficiones militares, que desterraron por completo a los altaritos y a las muñecas de trapo, fueron vistas con buenos ojos por mi abuela; y mientras se arreglaba de nuevo el viaje, se llamó a Don Felipe de Robles y Yupanqui, teniente del primer batallón del regimiento “Real de Lima”, a fin de que siguiera enseñándome los secretos de la esgrima, arte en el cual, como ya he manifestado, me inició el Conde de Premio Real.

Poco tiempo fue necesario para que, entre Robles y yo, se creara un vínculo que en el transcurso de algunas semanas se convirtió en verdadera amistad. El aire suave, tranquilo, crepuscular, del maestro de esgrima, tenía encantada a mi abuela quien se ufanaba al ver mis progresos en el difícil arte de dar la muerte defendiendo la vida.

Todas las mañanas, antes del almuerzo, verificábamos asaltos:

—¡En guardia! ¡Parada de primera! ¡Tajo a la cabeza!....

Yo obedecía a la voz de Robles con una agilidad y gracia tan flexible que me parecía estar desposeído de los 200 y pico de huesos que tiene el esqueleto humano.

Después de las lecciones, tomábamos un baño y Robles me relataba episodios de la tremenda insurrección de Tupac Amaru, contra quien

había guerreado en las filas del Brigadier del Valle. El 4 de noviembre de 1780 el cacique de Tungasuca, Don José Gabriel Condorcanqui — que tomó el nombre de Tupac Amaru—apresó al Corregidor de Tinta y lo hizo ahorcar algunos días después. Al saber este hecho, el virrey Jáuregui despachó al Cuzco el primer cuerpo de ejército, contra los insurrectos, al mando del entonces Coronel Don Gabriel Avilés. El 20 de diciembre salió el segundo cuerpo, en el que marchó Robles, a órdenes del Inspector General de las tropas del reino Brigadier Don José del Valle. Poco después, lo siguió, en persona, el Visitador Areche quien asumió la dirección de las operaciones militares llevando, como Auditor de Guerra, al oidor de la Audiencia de Lima Don Benito de Mata Linares.

El 6 de enero Tupac Amaru llegó al Cuzco, donde fue derrotado, y se dirigió al Collao. A mediados de marzo puso sitio a La Paz y, el 22, atacó al ejército real que lo obligó a retirarse hasta Tungasuca.

El 6 de abril tocóle a Avilés el mando de la reserva con la que decidió la victoria atacando, por la retaguardia, al caudillo indio mientras el Teniente Coronel Villalta lo destrozaba por el frente. El Brigadier del Valle ocupó el cuartel general de Tinta, y Tupac Amaru huyó al pueblo de Langui donde sus propios partidarios lo

entregaron al mismo tiempo que a la mujer e hijos del infortunado cacique.

El 18 de mayo se cumplió, en el Cuzco, la sentencia dictada por el feroz Areche. Tupac Amaru presenció, desde el patíbulo, la ejecución de su mujer e hijos y de muchos de sus partidarios. Después, le cortaron la lengua, y atado de pies y manos a cuatro caballos, fue desuartizado....

Según me contaba Robles, José Gabriel Condorcanqui — de quien había sido paisano, y discípulo en el Colegio de San Francisco de Borja, en el Cuzco — era descendiente del inca Tupac Amaru que, en 1562, fue ejecutado injustamente por el virrey Toledo. Condorcanqui no solo reasumió el nombre de su abuelo, que en quechua significa “el altamente dotado en dones de la naturaleza”, sino que adoptó las fórmulas, la etiqueta y el lujo de los incas. Su aspecto era noble y sus maneras distinguidas. Poseía cualidades que le granjearon amor y respeto, pero le faltaban aquellas dotes esenciales que debían adornar al reivindicador de una raza y de un imperio. Era de carácter violento y su escasa cultura no le permitía realizar la empresa que se propuso.

La popularidad de la causa que defendía el cacique de Tungasuca le atrajo un gran número de hordas a las que no pudo armar, ni ins-

truír en la táctica militar que él mismo ignoraba. El número y el desesperado valor de los indios armados de palos, hondas y macanas, contrabalancearon, en un principio, las armas, la pericia y la disciplina de las tropas del rey sobre las que obtuvo algunas ventajas parciales. Pero, al fin, su causa se desprestigió, pues en vez de unirse a los criollos, sobre los que pesaban las mismas cadenas que oprimían a los indios, dirigió sus hostilidades tanto contra ellos como contra los españoles, quienes eran los tiranos de unos y otros. Esta política injusta lo aisló y fue la causa de su perdición.

*

* *

La abnegación de Tupac Amaru, y las desgarradoras escenas de su muerte, me impresionaron de tal modo que hicieron brotar, en mi espíritu, una viva simpatía hacia la causa defendida por un hombre tan desgraciado. Y cuando Robles, con esa maravillosa intuición del alma quechua, vió que el terreno estaba ya preparado, con lágrimas en los ojos confesó que había jurado vengar a Tupac Amaru y a sus compañeros de infortunio. Después, recobrando el aire frío e impenetrable de su raza vencida y humillada, empezó a sembrar, en mi cerebro, la semilla revolucionaria que germinó agigantada por el incentivo del sigilo. Confieso que no fal-

faron momentos en los que me acusé de traidor a mi sangre; pero, al fin, como tantos otros jóvenes de la aristocracia limeña, no pude sustraerme al generoso entusiasmo que nos hizo romper con la tradición de nuestros abuelos para procurarnos una patria libre y feliz donde todos gozaran, por igual, de los dones que el buen Dios había derramado sobre la tierra....

* * *

Con el pecho cubierto de rosarios y humedecido por el llanto de mi abuela y de Nieves, zarpé del Callao en la fragata de guerra "María Luisa", con destino a Cádiz por la vía del Cabo de Hornos.

Los primeros días del viaje se deslizaron apaciblemente a pesar de que el viento del S.E. nos obligaba a navegar de bolina con el aparejo orientado a ceñir.

Me sentía feliz hasta más no poder. Con un dedo en la boca y la mirada perdida en el infinito, me quedaba absorto ante el cielo y el mar. La brisa, impregnada de yodo y salitre, había despertado mi apetito en forma tan intensa que amenazaba convertir mi estómago en otro tonel de las Danaides. Y, para colmo de dicha, dormía panza arriba en mi litera con la devota profundidad que es fama lograban los benedictinos después de pasar las horas del día

iluminando las primorosas mayúsculas de sus antifonarios.

Pero estaba escrito que mi ventura no duraría mucho. En efecto, al aproximarnos a los temibles parajes del Cabo de Hornos, el capitán de la "María Luisa" comenzó a tomar ciertas providencias que llevaron el espanto a mi espíritu. Se arriaron, y estuvieron en la bodega, los cañones de caza y retirada que estaban en batería, y se trincaron los de las portas pasando un calabrote por los cascabeles de todas las piezas, de cada banda, asegurando sus chicotes a proa y popa y tesando los senos por medio de palanquines. Se alistaron las bombas, las hachas para picar cabos de maniobra, los faroles y las herramientas del carpintero y calafate. Se pusieron pasamanos de cuerda, para que los marineros pudieran agarrarse y andar sobre cubierta. Se quitaron pesos altos de la arboladura, calando ciertas vergas y masteleros, y se despasó alguna cabullería inútil en los temporales. Por fin, se dieron trincas a los botes, las anclas y la madera de respeto.

Al ver todos esos preparativos, espeluznantes para un joven hijo de familia, un color se me iba y otro se me venía y pensaba en que había que pasarla con el Credo en la boca.

Felizmente, los padrenuestros y avemarías que en la casona de Santa Ana se rezaban, to-

das las noches, por los “navegantes y caminantes”, pensando en mi, llegaron hasta el trono del Altísimo y no solo doblamos el cabo con toda tranquilidad sino que la buena suerte nos acompañó hasta más allá de Capricornio. Sin embargo, yo notaba que el capitán seguía tomando precauciones y, muy pronto, me fue dado conocer el fondo de verdad que hay en eso de “hombre precavido, nunca fue vencido”. Era el final del verano, acabábamos de pasar la línea equinoccial y, desde tres días atrás, nos atormentaba un calor extraordinario. El aire era tibio, espeso, irrespirable y el estado eléctrico de la atmósfera volvía irascibles a los hombres más ecuanímenes. Entrábamos a la zona de las calmas ecuatoriales, zona de tempestades y lluvias abundantísimas.

Una de esas tardes, a la hora en que los gavieros trepaban por las jarcias para hacer la descubierta, el barómetro descendió bruscamente. Los vientos se hicieron frescachones y rolaron al sur. Se preparaba uno de esos ciclones tan temidos en estas latitudes y a pesar de los esfuerzos hechos para alejarnos de su trayectoria, no fue posible salir de ella.

A media noche se desencadenó la tormenta precedida de una lluvia torrencial. El viento aullaba en la arboladura como un tropel de perros asustados. Las olas se erguían, coronadas

de hirvientes espumas, y se derrumbaban, con gran estrépito, sobre la "María Luisa" llevándose parte de la obra muerta.

La tripulación trabajaba febrilmente en las bombas y cadena de baldes, bajo la lluvia y los golpes de mar que hacían dar terribles guiñadas a la fragata.....

Después de siete horas de angustia reinó un silencio absoluto y nos envolvió esa calma, súbita y rara, de la región central de los ciclones. El movimiento del aire continuaba en la parte superior y sobre nuestra cabeza comenzaron a caer aves con las alas rotas, peces e insectos y plantas transportados, desde las islas cercanas, por el huracán. Pero la calma no duró muchas horas y el ciclón volvió, esta vez con rumbo del norte. Era imposible la maniobra y lo único que pudo hacerse fue cambiar de amuras para recibir el viento por babor.

Dos días después, el terrible meteoro se alejó y pudimos enmendar el derrotero de la nave.....

Arribamos a Cádiz milagrosamente, con avería en el bauprés, el mastelero de gavia rendido y la artillería destrincada.

III

Llegué a Madrid en momentos fatales para la monarquía española: Carlos IV, hijo y heredero del glorioso iniciador del despotismo ilustrado, ocupaba el trono desde 1788.

Sin talento ni energía para gobernar pueblos, y dominado por la reina Doña María Luisa y el ministro Godoy, amante de ésta, el pobre rey — humano y bondadoso — caminaba a tropezones, abrumado con el peso de la corona, cayendo y levantando a cada paso.

En 1792 había abandonado la plaza de Orán a los piratas de Argel. Al año siguiente, intervino, para salvar la vida de Luis XVI, y la Convención le declaró la guerra. Después de las brillantes victorias obtenidas por el General Ricardos, sobre los franceses, éstos habían logrado rehacerse e invadir Cataluña y las provincias vascongadas. Por último, la paz de Basilea había quitado a España la parte oriental de la isla de Santo Domingo....

La hora negra se acercaba, y a Carlos IV le tocaría actuar en aquellos desgraciados tiempos en que se acentuaba la decadencia internacional de España y quedaba vencida su política imperialista.

Estos descalabros tenían atónitos a los españoles y, principalmente, a los áulicos de Carlos IV entre los que se contaba, en primera fila, el Excelentísimo Señor Don Ramiro de Aguilar y Avellaneda, Grande de España, marqués de Santiponce, Gran Cruz y Collar de la Insigne Orden del Toison de Oro, Comendador de Burga en la Orden de Santiago, Comandante de Guardias de la Real Persona y pariente nuestro a quien mi abuela había señalado para que me sirviera de tutor en la Península.



El marqués de Santiponce era el último vástago de una familia muy señalada por el entusiasmo con que acogió a los Borbones, y cuyos miembros, educados casi todos en colegios franceses, habían recibido el influjo de Montesquieu, Rousseau, Voltaire y otros filósofos que lograron producir en España el mismo afán reformista que se hallaba extendido en Francia, Alemania y Rusia.

En el padre de Don Ramiro, famoso por su estrecha amistad con el Conde de Aranda, se había encarnado con fuerza ese noble sentimiento, tan difundido en la corte de Carlos III, que bajo el nombre de filantropismo se manifestó en reformas sociales, económicas y de cultura, reformas en las que rivalizaron el gobierno y los particulares,

Envuelto en las corrientes liberales de la literatura francesa, y teniendo en cuenta que el ejemplo de la independencia de Norte América debía influir poderosamente en la evolución política del Nuevo Mundo, el marqués de Santiponce fue uno de los que inspiró al Conde de Aranda el proyecto — rechazado por Carlos III — según el cual, revistiendo éste monarca la dignidad de Emperador, debía enagenar el Continente de la América del Sur en favor de tres infantes de Castilla que se establecerían como reyes de Méjico, del Perú y de Costa Firme.

Las tendencias del viejo Santiponce, alimentadas por el espíritu de la época que era el de una total reivindicación de los derechos del hombre, fueron heredadas por su hijo Don Ramiro quien, aparte de sus luces y talento, era notable por una gran debilidad de carácter que, en el hogar, lo convertía en víctima de los caprichos de su esposa la bella Catalina Sandoval, menuda y graciosa morenita de veinticinco

primaveras, educada en esa escuela de cortesanos que, en las postrimerías del siglo XVIII, buscaban la compañía del pueblo para disfrutar de alguna libertad en las costumbres.

Catalina era íntima de la Duquesa de Alba — en cuyas filas militaba contra la de Osuna, en “la guerra de los encajes” — y por su elegancia y coquetería se le consideraba como un precioso elemento en los grupos volterianos de Palacio, a cuya cabeza estaba la incrédula y curiosa discípula de Condillac Doña María Luisa de Parma, mujer de Carlos IV.



No bien llegué a Madrid, los Santiponce me hicieron ingresar al Seminario de Niños Nobles donde empecé mis estudios militares adquiriendo conocimientos de matemáticas, y ejercitándome en el manejo de las armas y en la práctica de los hábitos de sobriedad y disciplina. Al salir de las aulas, con los cordones de cadete del “Burgos”, me embarqué para Ceuta donde se hallaba de guarnición mi regimiento. Durante algunos años llevé, en aquellas ardientes soledades, una vida de perros, exponiendo el pellejo en oscuras correrías contra los moros y luchando con las fiebres del Africa y la disente-

ría. Los largos ocios de mis convalecencias los dedicaba a estudios de crítica histórica y filosófica; y, fue entonces, cuando mi cerebro se anegó en una copiosa onda de saber, libre de prejuicios y convencionalismos. Ante los esplendores de la Razón alumbrada por los enciclopedistas franceses, ¡cuántos pavorosos fantasmas y dulces mentiras huyeron del sitio en que la Ignorancia y la Superstición las habían colocado! En esa época, nada escapó a mi análisis penetrante y sutil: hombres, hechos e instituciones fueron imparcialmente examinados y, al final de cuentas, encontré que las desgracias de la Humanidad vienen de que la mayor parte de los ideales no están fundados sobre bases en armonía con las leyes de la Naturaleza....

Después de algún tiempo de vida de guarición, y cuando ya tenía el organismo debilitado al punto de no poder tenerme en pie, obtuve licencia y regresé a España donde mis antiguos tutores me recibieron con el cariño de siempre.

*

* *

El palacio de los Santiponce era un antiguo caserón del tiempo de los Austria, modernizado por Churriguera quien había torcido y dislocado sus columnas, arcadas y frontones pa-

ra llenarlos con los más extravagantes delirios de la fantasía. A la severa fachada plateresca, con sus artísticas archivoltas; a las serenas líneas de sus medallones, candelabros y arabescos, se habían acumulado cestos de frutos, macollas y cartelas con grandes hojas de vid. En cuanto a la decoración interior, ella acusaba el gusto y las tendencias de Catalina, apasionada de ese neo-clasicismo de la Revolución en el que la espontaneidad y la vida de los siglos XVII y XVIII desapareció bajo la fría corrección de la nueva escuela. Confieso que, desde el principio, no me fue difícil amoldarme al género de existencia que se llevaba en esa mansión donde la vieja adustez española parecía ahogada por un espíritu más fácil, alado y coquetón.

Evocar las horas que por aquel entonces pasé en España es asistir al desfile de un pasado tumultuoso, pletórico de vida y de color, donde se mezclan las intrigas y devaneos de una Corte relajada, con los arrebatos de un pueblo compuesto de majos y frailes, manolas y heroínas que se divierten y aplauden a sus actores y toreros favoritos y que, al otro día, irguiéndose magnífico y soberbio contra Bonaparte, escribe con sangre una de las páginas más gloriosas de la historia del mundo.

Desde que regresé de Africa, la hermosa Catalina, cuyo marido frisaba ya en el medio si-

glo, tomó el abnegado empeño de hacerme gozar por todos los medios imaginables..... Y desde la primera vez que me hizo vestir el frac solapado y el chaleco ombliaguero, para acompañarla en las noches embalsamadas de la Florida, me sentí tan suyo que no tuve otra ambición que ser el eterno caballero de esa bella criatura que, con su guardapiés azul orlado de encajes negros, y la blanca mantilla sobre la altísima peineta, parecía escapada de un cuadro de Goya.

Por esa época, y mientras el marqués de Santiponce cazaba ciervos y bebía agua helada en amor y compañía de Carlos IV, no fueron pocas las veces que Catalina y yo asistimos, disfrazados, a los bailes de candil acompañando a la reina María Luisa quien desfallecía de gozo al sentirse estrujada por la plebe. En esos sitios, llenos de carteles de toros y humo de buñuelos, Catalina se hacía rajas bailando con chulos de marsellés, sombrero peludo de medioqueso y capa de grana. Otras veces, íbamos a toros donde, al olor de la sangre, los frágiles dedos de la marquesita se crispaban horriblemente sobre el abanico de raso iluminado.....

Con frecuencia concurríamos al Teatro del Príncipe; y, una vez por semana, a las veladas de Palacio donde el buen Carlos IV regalaba

nuestros oídos con los quintetos de Boccherini, mientras la reina sonreía a Godoy, con la boca desdentada ávida de besos, y el Príncipe de Asturias se acariciaba melancólicamente la gorda narizota pensando, tal vez, en que el hecho de ser hijo de reyes no libraba a ciertos mortales de tener madre puta y padre cabrón.

Estaba en lo mejor de mi vida de holganza y regodeo cuando empezaron a sentirse los síntomas de un estado de cosas que patentizaba la debilidad del gobierno español: el rey Carlos IV abrigaba temores de que Bonaparte lo destruyera.

Con el pretexto de pasar a Portugal, para cuyo reparto el rey de España había suscrito un pacto con el Emperador de los franceses, las tropas de éste atravesaban el norte de la Península; y, en esas circunstancias, Carlos IV vacilaba entre aliarse a Inglaterra y perder la España, ocupada ya por los franceses, o entregarse a Bonaparte y perder la América.

El Príncipe Fernando entró en relaciones secretas con Mr. Beauharnais, Embajador de Francia; y seguro del apoyo de Bonaparte tramó una conspiración contra los reyes padres, la cual fue descubierta. Bonaparte, a quien Carlos IV invistió con el papel de amable componedor, aconsejó evitar el escándalo y Fernando pidió

gracia, la que le fue concedida por súplica de su madre.... Mientras tanto, los agentes de Inglaterra intrigaban en España. Comenzaba a sentirse una fermentación pública y el estallido fue general cuando las tropas francesas, por medio de estratagemas indignas, se apoderaron de las plazas fuertes de Cataluña, Navarra y Vizcaya. La Corte se trasladó a Aranjuez; y, una noche, se supo que el Gran Duque de Berg avanzaba sobre Madrid. La perfidia de Bonaparte quedaba en claro y, desde entonces, Carlos IV no tuvo otro pensamiento que emigrar a Méjico. Los marqueses de Santiponce se prepararon para acompañar a los reyes, pero el motín de Aranjuez frustró el viaje.... Murat se acercaba a la capital del reino y el nombre de Fernando era pronunciado con amor, considerándosele como una víctima de las maquinaciones de Godoy.... Los Guardias de Corps se unieron a la muchedumbre, para prender al favorito; el rey abdicó y el Príncipe de Asturias se hizo proclamar con el nombre de Fernando VII. Carlos IV protestó de la abdicación — que dijo habersele impuesto por la fuerza — y la familia real fue atraída, con engaños a Bayona. Allí Fernando renunció sus derechos en su padre; y, éste, los suyos y los de sus descendientes, en Bonaparte y en la dinastía que el Emperador

de los franceses eligiese. La cesión de Carlos IV se hizo por el tratado de Bayona. El ex-rey percibiría una renta vitalicia de seis millones anuales y tendría en propiedad el palacio de Chambord.

Los Santiponce le acompañaron al destierro y yo partí a Cádiz en espera de órdenes que Don Ramiro prometió impartirme.

* *
*

A poco de haber llegado a Cádiz fui a saludar al Gobernador de la ciudad, marqués del Socorro. En el patio principal de su casa, situada en la Plaza de los Pozos de la Nieve, tropecé con el Ayudante y oficial de la guardia: un capitán del batallón ligero “Voluntarios de Campomayor”, quien me miró con un aire de curiosidad que no dejó de mortificarme.

En la noche de ese mismo día, el Ayudante y yo volvimos a encontrarnos en los salones del General Don Juan de la Cruz Murgeón, segundo jefe del regimiento “Murcia”.

Con toda franqueza, el Ayudante me tendió la mano.

—Paisanos, eh?

—¿Es Ud. limeño?

—No, pero soy americano.

Cinco minutos después, charlábamos como dos antiguos camaradas.

El trato ameno y sin afectación del Ayudante ganó mi voluntad, desde el primer momento, y lo encontré amable y simpático. Su talle, erguido y garboso, revelaba al hombre acostumbrado a las fatigas de la guerra. Tenía el rostro moreno, la nariz aguileña, los labios algo gruesos y los ojos negros y de mirada intensísima. Pude notar que, en su porte y facciones, era muy parecido a su jefe el marqués del Socorro.

En esa noche memorable el Ayudante me refirió, con estilo persuasivo y a veces enérgico, la historia de su corta y ya gloriosa existencia. Llamábase, mi nuevo amigo, Don José de San Martín. Era hijo del Capitán Don Juan de San Martín — natural de Cervatos, en el reino de León — y de Doña Gregoria Matorras. Contaba treinta años de edad y había nacido en el pueblo de Yapeyú, de la provincia de Misiones, en el Virreynato de Buenos Aires. A la edad de ocho años pasó con sus padres a España e ingresó al Seminario de Niños Nobles del que salió como cadete del regimiento "Murcia" con el que estuvo de guarnición en las plazas de Africa. Hasta este punto, los comienzos de nuestra carrera militar habían sido idénticos

y, esta circunstancia, hizo que nos sintiéramos más ligados uno a otro.

Durante la guerra con Francia, San Martín sirvió en el ejército de Aragón; y, después, en el del Rossellón . En noviembre de 1793 ascendió a subteniente. Al declararse la guerra con la Gran Bretaña, el “Murcia” fue destinado a guarnecer la escuadra y San Martín, que ya era teniente segundo, se embarcó en la fragata “Dorotea” en la que concurrió a dos combates. Más tarde, tomó las armas contra Portugal; estuvo en el bloqueo de Gibraltár y se hallaba en Cádiz de regreso de la expedición a los Algarbes y el Alemtejo.

*

* *

El capitán San Martín moraba muy a gusto en Cádiz, puerto que había llegado a ser el punto de cita de los americanos que iban a la madre patria con diferentes motivos. Todos ellos eran personajes de alta figuración en sus países respectivos, y tenían frecuentes reuniones donde cambiaban ideas sobre el modo de hacer efectivos los principios de libertad preconizados por la Revolución francesa. Desde que nos hicimos íntimos, fuí objeto, de parte de San Martín, de cautelosas investiga-

ciones; y al convencerse de que “El Espíritu de las Leyes” y la “Declaración de los Derechos del Hombre” habían sido los breviarios donde bebí los dogmas fundamentales de la Democracia, me invitó resueltamente a formar parte de la “Sociedad Lautaro”. Accedí, y después de ser iniciado, se me encomendaron trabajos de propaganda civil en Lima, ciudad a la que debía dirigirme inmediatamente.

*
* * *

La “Sociedad Lautaro”, muy extendida en el Ejército y la Marina, contaba, en Cádiz, cuarenta iniciados entre los que había algunos títulos de la alta nobleza española. El Gran Oriente estaba en Londres y, desde allí, partían las comunicaciones. Como todas las sociedades secretas que por entonces hallábanse establecidas en Europa, la “Sociedad Lautaro”, fundada por Miranda — aquel venezolano a quien se considera el Mentor de la Revolución americana— revestía el carácter de una logia masónica con signos, grados, fórmulas y juramentos, y estaba compuesta, en su mayor parte, por jóvenes americanos fanatizados por las teorías de los enciclopedistas franceses.

El primer grado de iniciación era el jura-

mento de luchar por la emancipación de América; y el segundo, la profesión de fe republicana.

* *
*

Al día siguiente de haber sido iniciado en la logia fuí a visitar a San Martín y lo encontré intranquilo. En esos momentos, el marqués del Socorro, convocaba, en su casa, a una reunión de Generales para resolver sobre la instancia de la Junta de Sevilla que, en nombre del rey y de la nación, pedía el pronunciamiento contra los franceses. El marqués había vacilado y su actitud parecía sospechosa al pueblo. Se le acusaba de “afrancesado” y se pedía a gritos emprender el ataque contra la escuadra francesa surta en la bahía de Cádiz desde la derrota de Trafalgar. No quise dejar solo a San Martín y permanecí, con él, en el Cuerpo de Guardias.

A media noche se publicó el acuerdo, firmado por once Generales, donde se exponía que la razón aconsejaba prepararse para la guerra pero no declararla; y se enumeraban los inconvenientes que había para secundar, en esos momentos, la iniciativa de la Junta de Sevilla. El populacho no se dió por satisfecho con estas razones. Pensaba que se le hacía traición y un

mozo, llamado Manuel Larrús, dirigió la palabra al marqués procurando destruir los argumentos del bando y exigiendo que la escuadra fuese batida con bala roja.

La situación se volvía cada vez más delicada y el marqués contestó que, a la mañana siguiente, convocaría a otra reunión de Generales para acordar las medidas necesarias. El pueblo se retiró de la Gobernación pero, de allí, fue al asalto de la casa de Mr. Le Roy, Cónsul francés a quien los gaditanos odiaban por su costumbre de anunciar arrogantemente las victorias de Bonaparte.

Mientras tanto San Martín paseaba, a grandes pasos, por la sala de Prevención. Se notaba, en él, una viva inquietud. Sus relaciones con el Gobernador eran muy estrechas. Se profesaban mucha estimación y los unía ese irresistible sentimiento que se establece entre las naturalezas igualmente francas y leales.

El marqués había ordenado a San Martín que en ningún caso disparara sobre el pueblo: y el Ayudante, que hubiera ofrecido el pecho para interceptar los plomos dirigidos a su jefe, temblaba de ira y de pena.

—¡Contemplaciones! ¡Contemplaciones con esos gitanos asesinos!,— decía San Martín con su estilo cortado, seco, levantando los hombros

y moviendo con presteza dos dedos de la diestra, ademanes que le eran muy peculiares.

Para disimular su estado de nervios me relató anécdotas de su vida de guarnición en África, las que escuché distraidamente a causa de la profunda ojeriza que yo guardaba hacia esa tierra brava y sensual donde el miasma del pantano, y la acechanza del moro, casi me arrebatan la vida.

Por fin se calmó. Nos retiramos a su dormitorio, pero como no quería dormir, ni le gustaba estar ocioso, limpió su calzado, el sable y la ropa que llevaba puesta. Coció dos botones que faltaban a un pantalón. Acomodó unos cuantos libros de Ciencia Militar y de Historia, escritos en francés, y cuando todo estuvo arreglado, en esa modesta habitación, sacó una libreta, en la que apuntaba minuciosamente los gastos diarios, y con letra irregular y escasa ortografía, escribió:

“Adelanto ala Labandera... 80 céntimos”.

Y como ya no quedaran por llenar sino un par de renglones, en la libreta, la cerró estampando su firma bajo esta frase representativa de una modalidad de su gran carácter:

“Hasta hoy, 29 de Mayo, no e debido nunca un Real a Nadie”.

Al medio día de aquel infausto 29 de Mayo, el Gobernador convocó nuevamente a la Junta de Generales. La muchedumbre, que había vuelto a reunirse, insistió en que la escuadra fuese batida; y el marqués, desde un balcón, aseguraba que todo se haría conforme a los deseos del pueblo. En esos momentos San Martín me expresó la conveniencia de retirarme “a fin de recuperar la noche pasada en vela”. Me opuse tenazmente y, entonces, tomándome de un brazo me llevó hasta la puerta, y con ese tono autoritario que empleaba en ciertas ocasiones, y que no admitía réplica, dijo:

—Este asunto acabará mal. ¡Váyase!....



Terminado el acuerdo, la Junta declaró que no podría batirse inmediatamente a la escuadra porque sus navíos estaban interpuestos con los españoles. El populacho, formado en su mayoría por los pillos de Sevilla y Cádiz a quienes el severo marqués del Socorro castigaba a menudo, se indignó contra él; y en medio del más espantoso vocerío se encaminó al Parque de Artillería donde se proveyó de armas después de echar abajo las puertas. Desde allí, volvieron a la Gobernación.

El marqués no abrigaba temores de ninguna especie, confiado en la rectitud de sus actos y en que los gaditanos lo amaban y respetaban. Cuando se sintieron los primeros disparos en la Plaza de los Pozos de la Nieve, se presentó, resuelto y sereno, el Ayudante del Gobernador y oficial de la guardia Don José de San Martín quien hizo replegar su partida de treinta aragoneses y cerró la puerta.

Los hechos que después se sucedieron no son sino para recordarlos a grandes rasgos: la puerta voló hecha astillas por los cañonazos y los asaltantes se precipitaron dentro en busca del Gobernador; pero ya éste había sido ocultado por su vecino, el banquero irlandés Mr. Strange. Descubierta en su escondite, el íntegro y pundonoroso marqués del Socorro recibió bárbara muerte y su cadáver fue arrastrado por las calles de Cádiz. San Martín, que fiel a la consigna recibida no había hecho fuego sobre los amotinados, corrió un riesgo enorme, por su parecido con el marqués, y lo hubieran asesinado a no ser por el oportuno auxilio del Coronel Murgeón en cuya casa permaneció hasta que pudo partir para Sevilla.

Después de los sangrientos episodios de Cádiz no volví a ver a San Martín, en Europa; pero, a los pocos días, me escribió anunciándome que marchaba contra los franceses en la vanguardia de Castaños y a las inmediatas órdenes del marqués de la Romana.

Casi al mismo tiempo me llegó la primera comunicación de los Santiponce y supe que aprovechando el interés manifestado, por el rey prisionero, de enviar a sus colonias emisarios buscados de entre sus propios hijos que aconsejaran fidelidad a España, y le allegaran recursos, habían obtenido un nombramiento de esta clase en mi favor.

Una semana después recibí las credenciales e instrucciones y guardándolas en la cartera donde tenía las de la logia, zarpé para el Callao en el navío "Reina de los Cielos" junto con otros "hermanos" de la "Sociedad Lautaro" quienes, al igual que yo, debían derramar la semilla revolucionaria en sus respectivos países.

A los patriotas que salieron de Cádiz, en esta época, para esparcirse por el Nuevo Mundo, se debe el admirable sincronismo en los primeros chispazos de la Revolución americana.

IV

Al mes de haberse proclamado en Lima a Don Fernando VII, como Rey de España y de las Indias, llegué a la casona de Santa Ana.

La mansión señorial de los Barca seguía envuelta en el ambiente severo y silencioso que le era peculiar. Salvo uno que otro desconchamiento en los ladrillos del zócalo, nada había cambiado en el exterior; las mismas líneas regulares y clásicas, la misma pesadez, la misma frialdad. . . . ¡Cruelles sorpresas me esperaban tras de esos umbrales que, una mañana, crucé en demanda de la tierra de mis mayores!

Cuando los amantísimos brazos de mi abuela se apartaron de mi cuello, pude contemplar, con el corazón oprimido, la obra despiadada que la guadaña del tiempo había hecho entre los míos. Mi abuela parecía más acabada y más pálida que nunca. Su cabeza blanqueaba como un ampo de nieve. Sus pulmones ya no oxigenaban bien la sangre y, por falta de calor en los tejidos, las funciones vitales eran muy lentas.

Las bronquitis se habían presentado con más frecuencia y los sentidos se tornaban defectuosos: se quejaba de nublazón en la vista, dureza en el oído y aberraciones del gusto y del olfato.

La anciana marquesa iba fosilizándose y, cuando menos lo pensara, se dormiría, mansa y calladamente, en el seno de la Muerte....

En cuanto a Nieves, la dulce Nieves de mis horas infantiles, no estaba en casa. Con honda emoción, mi abuela me refirió que la había casado con Castells y que la pobre muchacha no era feliz. Mientras el maldito catalán engordaba en una pulpería de "Las Cinco Esquinas", que mi abuela había traspasado para él, Nieves se deshacía víctima de una de esas locuras tan frecuentes en las mujeres durante el período de su primer embarazo.

Nieves empezó por tener insomnios, que le produjeron gran depresión mental, y una melancolía invencible. Después, se volvió desconfiada, especialmente de su marido a quien acusaba de querer envenenarla.... Sus condiciones morales también habían variado: tenía ademanes obscenos y vertía palabrotas que estaban en pugna con las severas costumbres adquiridas en casa de los marqueses de Peñahoradada.

A veces, sentía deseos de poner fin a sus días y, en una ocasión, llegó a inferirse una

grave herida, en el hepigastrio, con el cuchillo que se despachaba la manteca.

—¡Con el cuchillo de la manteca!,—decía mi abuela, anegada en llanto, y dando lugar a que yo pensara que el acto le habría parecido menos cruel si la infortunada Nieves no hubiera buscado un arma tan innoble como el cuchillo de la manteca....

La ausencia de Nieves pesaba sobre toda la casa: había polvo y telarañas en los techos. El altar de la capilla, se desmoronaba sin flores y con los vendones manchados de aceite. Los pájaros enjaulados, morían faltos de atención. En la mesa, no existía la esplendidez de antes; ahora se comía cualquier adefesio. A veces faltaba el vino, o el postre, y el café lo servían completamente hidráulico....

Estas deficiencias — y no la gota, de que se quejaba — habían influido para que el tragón Urzúa se retirara, poco a poco, de nuestra casa.

—¡Podrás creer, hijo de mi alma, que a veces no hay agua en la tinajera!

Mi abuela reconocía el error cometido al casar a Nieves con el bruto de Castells; pero yo no condenaba a la pobre señora: una vez más había sido víctima de sus preocupaciones al pensar que era cierto aquello de “marido, vino y bretaña..... de España”.

Durante los primeros días que pasé en casa, mi abuela no se cansaba de hacerme hablar. Sin duda habían llegado hasta élla rumores de la tremenda catástrofe provocada en España por la ambición de Bonaparte.

Pero en el cerebro de la vieja marquesa, sin vigor ya para retener ni precisar ideas nuevas, las intrigas de Bonaparte y de Godoy; la criminal impaciencia de Fernando por llegar al trono; la debilidad de Carlos IV y los escándalos de María Luisa — todo aquello que la hubiera hecho pensar en sufrimientos del pueblo español — pasaba sin dejar huella ni sedimento de ninguna especie.

Incapaz de imaginarse que a los reyes de España podría acontecerles algo que fuera en desmedro de su dignidad, mi abuela — obediendo a las curiosas leyes de la inercia cerebral — creía que, desde el alcázar de Madrid, gobernaba un rey español....

Uno de los más puros y desinteresados goces de la marquesa era oír elogiar a los reyes padres.

—¿Verdad que la reina Doña María Luisa es una santa, hijo mío?

—Sí, mamita: es muy severa en sus costumbres—decía yo recordando las noches de la Florida y los bailes de candil.

—¿Y el rey Don Carlos siempre es tan buen cristiano y tan caritativo?

Siempre, mamita.....

Y, de botones adentro, pensaba yo que por esta virtud de darlo todo, el buen Don Carlos IV había entregado Orán a los moros; la mitad de Santo Domingo y la Luisiana, a los franceses; la Trinidad, a los ingleses.....

De sobremesa, me complacía en referir mil episodios de mi vida en la Corte donde la austeridad de mis actos, y mi devoción a las Reales Personas, habían llamado la atención.

—¡Nunca perdí el tiempo en devaneos!— afirmaba yo, a menudo, con los mismos labios que, ébrios de amor, se aplastaron tantas veces sobre los labios de duquesas y manolas....

Hubo un momento en que mi abuela avanzó una pregunta tímida y medrosa sobre los libre-pensadores. Me levanté indignado, y apretando los puños, como si dentro de ellos hubiera cogido a toda la Revolución francesa, grité, encendido en ira santa:

—¡Los reviento, mamita! Los reviento si caen en mis manos!

Al final de cada una de estas escenas, donde a tiro de ballesta resaltaba mi amor al rey, la marquesa expresaba su convicción profunda de que ella no moriría sin ver premiada mi lealtad con la cruz de los caballeros de Santiago.

Todos mis ascendientes, excepto mi padre, la habían ganado sirviendo a Dios y al Rey.

—El primer Barca la ganó peleando contra los moros, en la batalla de Clavijo, metido casi entre las patas del caballo de Santiago. Después, ¡todos!, ¡todos! los Barcas la obtuvieron menos el alma de cántaro de tu padre!...

La ilustre marquesa de Peñahoradada no se consolaba de esta excepción que había roto con las tradiciones de la familia.

—¡Todos! ¡todos los Barcas, menos el alma de cántaro de tu padre!

Y para rehabilitar ese timbre de orgullo, perdido por la debilidad y el apocamiento de mi padre, mi abuela, imponiéndose desvelos y sacrificios, me había llevado en sus brazos desde que nací; y, más tarde, con el alma transida de dolor, me había alejado de su seno para que yo fuese educado en los santos principios de amor a Dios y al Rey.

—En tí se reanuda la tradición de los Barcas..... y moriré tranquila.

¡La cruz de Santiago!, pensaba yo. ¡El primer Barca peleando contra los moros en la batalla de Clavijo, metido casi entre las patas del caballo de Santiago!.....—¡Pobre abuela mía si hubiera sabido que la crítica histórica daba por no realizada la batalla de Clavijo! ¡Pobre abuela mía si hubiera sabido que la Orden de San-

tiago no se fundó hasta mucho tiempo después de la fecha en que los viejos cronistas visionarios colocan la imaginaria batalla de Clavijo!

*
* * *

Uno de los primeros saludos que recibí fue el del Excelentísimo Señor Virrey del Perú quien, por conducto de su Secretario de Cámara, Don Simón Díaz de Rávago, “se complacía en enviar la bienvenida al dignísimo Emisario de la Corona”....

Empezaba yo a ser un personaje importante y, repentinamente, sentí que la ropa me venía estrecha al cuerpo.

Ante las muestras de consideración con que fui recibido, la marquesa de Peñahoradada, a pesar de sus achaques, sintió una reflorescencia en su abatido espíritu. Se mostraba alegre, placentera y ufana por el honor que se me había discernido. ¡Quien le hubiera dicho que, junto con la misión de encarecer fidelidad al Soberano, traía yo la de arrancarle el más preciado florón de su Corona!

En cuanto quedé limpio del polvo del camino, fui a corresponder el saludo del Virrey.

Ese día, a falta de Nieves, mi abuela quiso disponerlo todo con sus manos a fin de que me presentara en Palacio hecho un pino de oro. Desde muy temprano empezó a dar vueltas por el caserón, dando órdenes a todo el mundo:

—Pon a hervir la leche; decía a uno.

—Agua tibia para el niño Cristóbal, gritaba a otro.

—El jabón de Castilla! La tohalla! El peine!.....

Ella, la pobrecita a quien yo había encontrado más inmóvil y envarada que nunca, en su sillón de vaqueta, parecía animada por un fuego interior que devolvía a sus cansados miembros el dinamismo perdido.

En ese profundo respeto que mi abuela profesaba a la etiqueta y a las fórmulas palaciegas, era un placer inmenso, para ella, escoger en la bien provista petaca de viaje que me acompañaba desde la Corte, mi más fina, lujosa y flamante indumentaria.

—Aquí están las medias! Qué rica seda de Murcia! ¡Aquí está el chaleco!....

En una de esas búsquedas, sus manos tropezaron con un pequeño mandil de raso celeste que ostentaba, bordadas en oro, las insignias de "hermano" de mi logia.

—¿Que es ésto, hijo?

—Eso, como la bandera verde del Profeta, abre todos los caminos.

Y luego, con la mayor desvergüenza, añadió:

—Es el distintivo de los emisarios del rey.

Temblando de emoción, y cerrando los ojos humedecidos por las lágrimas, la santa y fidelísima marquesa de Peñahoradada besó el mandil que, en las “tenidas” de la logia, me había oído despotricar tantas veces contra la Monarquía y la Iglesia.

Este episodio conmovió hasta la más íntima fibra de mi corazón; y, por primera vez, me di cuenta de las terribles tempestades y batallas que se librarían en mi espíritu por haberme colocado entre el amor de los míos y el de la Patria.... El uno, me había dado su sangre, y cuanto yo poseía, sin pedirme nada en cambio. El otro, exigía mi sangre, y todo lo que me pertenecía, en nombre de un nuevo estado de cosas que empezaba por arrebatarne derechos y prerrogativas adquiridos por el valor, el talento y la lealtad de mis abuelos.....

Y en la mesa, mientras aderezaba la ensalada de cangrejos, pensaba yo en que el Destino me había prendido a una cruz, con un brazo en España y otro en el Perú.

—¡Como Cristo, caray!.... Dáme la pimienta, mamita!

Llegué a Palacio en mi carroza blasonada de la que tiraban cuatro mulas gordas y lucientes.

Hacia dos años que el Excelentísimo Señor don Fernando de Abascal y Sousa, caballero de Santiago, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, y ex-Virrey de Buenos Aires, gobernaba desde el Palacio de Pizarro siendo el más cumplido mandatario que había tenido el Perú. La Nobleza, el Pueblo, el Clero y el Ejército lo amaban y respetaban por igual.

Desde el año 1762, en que ingresó al ejército como cadete del regimiento de "Mallorca", Abascal había prestado importantes servicios a la Corona española. Sus primeros hechos de armas los realizó en la guerra contra la Gran Bretaña y Portugal, donde se distinguió por su arrojo y serenidad. Concluída la guerra, pasó a la Academia Militar de Barcelona; y, de allí, al regimiento de "Toledo".

En 1767, ascendió a subteniente; se embarcó para Puerto Rico y, a su regreso, tomó parte en la batalla de Argel. Enviado nuevamente a la América asistió a la toma de Santa Catalina y ocupación de la colonia del Sacramento.

Posteriormente, Abascal sirvió en las guarniciones de Infantería de la escuadra combinada, y en los ramos de Economía y Táctica Militar, hasta el año 1793 en que se batió contra los

franceses. Siendo jefe del tercer batallón del regimiento de "Toledo", y maniobrando en presencia de Carlos IV, éste monarca lo ascendió, en el mismo campo, a Coronel. Con este grado, Abascal organizó el regimiento de "Ordenes Militares" asistiendo, con su segundo batallón, a diversas acciones que le valieron el ascenso a Brigadier.

En 1797 pasó, de Teniente de Rey, a Cuba. Fortificó La Habana y, de allí, fue trasladado a Méjico encomendándosele las funciones de Comandante General y Presidente de la Real Audiencia de Guadalajara.

Promovido a Mariscal, y como recompensa a su celo y actividad, Abascal fue nombrado, en 1804, Virrey de las Provincias del Río de la Plata; pero antes de hacerse cargo de este destino, se le confirió el virreynato del Perú.

Durante el viaje, fue apresado por los ingleses y conducido a Lisboa, de donde salió para el Janeiro, llegando a Lima en julio de 1806.

Desde su llegada al Perú, el sagaz Abascal se dió cuenta de la peligrosa situación porque atravesaba el dominio español socavado ya por el espíritu de la gran Revolución; y, para ganarse la voluntad de los pueblos, y tenerlos agradecidos, desde los comienzos de su gobierno dictó una serie de útiles y acertadas providencias

que le granjearon la estimación y el respeto de tirios y troyanos.

En los días de mi llegada al Perú, el prestigio de Abascal se había consolidado definitivamente. En Lima, como en las demás colonias, cuando se supo la prisión de Fernando VII, muchos elementos manifestaron la voluntad de separarse de una Corona que, en el hecho, ya no existía. La aristocracia limeña — salvo uno que otro de sus miembros que se consideraba más godo que Don Pelayo — instó a Abascal para que se coronara como Rey del Perú y todas las demás clases sociales se solidarizaron con ese anhelo. Pero, el noble Abascal, rechazando esas sugerencias, tentadoras para almas de menos temple que la suya, había proclamado y jurado a Fernando VII, como Rey de España y de las Indias. . . . Este hecho impresionó hondamente al pueblo de Lima y fue aquilatado en toda su grandeza.

*

* *

Salí encantado de mi visita al Virrey y convencido de que ese anciano de hermosa figura, y preclaro y sagacísimo ingenio — que estuvo a dos dedos de ceñir una corona a sus sienes luminosas — había tragado la rueda de molino que yo traía envuelta en mis credenciales de Real Emisario.

Durante varios días, no tuve punto de reposo recibiendo las visitas de los amigos, especialmente, las de aquellos realistas de enjundia que consideraban la misión que el rey prisionero me había confiado, como el mejor galardón concedido al vástago de una estirpe de leales y probados vasallos.

El tranquilo barrio de Santa Ana se vió convertido en un jubileo con el revuelo de capas y manteos, el brillo de uniformes y entorchados, el rodar de calesas y el son de los chafarotes que arrastraban los defensores del rey.

Todos querían ver al afortunado mortal que, en las Cortes de Madrid y Aranjuez, había tenido el suspirado tacto de codos con los Grandes de España, y había comido pan a manteles con Carlos IV y María Luisa.....

Representantes de la Magistratura, de las Ciencias y de las Letras; guerreros con el rostro cruzado por gloriosas cicatrices; miembros de la Iglesia y del Foro; todos ellos señorones de carroza y venera; encanecidos unos en los estrados de justicia o en las cátedras universitarias, derramando su integridad o sus luces; otros, exponiendo su vida en los campos de batalla; otros ilustrando con su consejo en el tribunal de la Penitencia, o edificando con el ejemplo de sus virtudes, ¡todos! ¡todos! se confundían y atrepellaban por llegar hasta mí, en el necio

empeño de mostrar su lealtad hacia un estúpido, cobarde y libertino cuyos títulos, sobre tantos hombres venerables, tenían por origen “la gracia de Dios”, frase a la que la Revolución francesa había sacudido ya el polvo de oro!....

*

* *

Dos semanas después de mi llegada a Lima, comencé los trabajos de propaganda que la loggia me había encomendado.

Como la soledad y el silencio me eran indispensables, para leer con calma el plan de operaciones, una mañana subí, con mis papeles bajo del brazo, al mirador de la huerta donde mi padre tenía su “Sancta Sanctorum”.

Al abrir la mampara de vidrios azules, un soplo acre y glacial me azotó el rostro. Y cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra que allí reinaba, distinguí una mesa cubierta de papeles a medio garrapatear; varias plumas de ganso con los gavilanes mellados y las barbas roídas: tres o cuatro sillas y un estante donde se amontonaban hasta tres docenas de libros.

Avido de curiosidad por conocer el arcano de esa habitación impenetrable como el velo de Isis, abrí una ventana y metí la nariz hasta en el último agujero. Una capa de polvo dorado y sutilísimo cubría todos los objetos. El hongo

Penicilio señoreaba en el lomo de las encuadernaciones y la vaqueta de las sillas. En los huecos de las maderas podridas, las arañas habían tejido sus embudos de seda....

Me acerqué a la mesa, y tomando uno de los papeles leí el nombre de mi padre repetido seis o siete veces, cada una con distinto carácter de letra: redondilla, gótica, cursiva..... El nombre aparecía envuelto y aprisionado por los lazos y cintas de una elegante rúbrica de la que la Grafología hubiera deducido finura de gustos y tendencia a vincular y estrechar.

A continuación de varios tirabuzones y garabatos, hechos como para probar los puntos de la pluma, se leía "Lima. Lima. Lima". Y bajo un gorro frigio, dibujado con muy buen gusto, campeaba — escrito con tan linda letra como ultrajante ortografía — este endecasílabo que encierra una extraña mezcla de grandiosidad y ramplonería:

"¡Oh sacrosanta Livertad bendita!"

Nada más fue necesario para que, con la perspicacia que he recibido en suerte, pudiera yo leer — como en un libro abierto — en el alma de mi padre. Fue algo así como la revelación súbita de un espíritu ingénuo, apasionado y amigo del Arte, aunque escasamente cultivado, a quien conocí muy poco y a través de un cristal de encogimiento: "el alma de cántaro de

tu padre”, decía mi abuela cada vez que se refería a él.....

Indudablemente, mi padre había comulgado con las ideas de libertad y gobierno democrático. Así lo probaban no solo el endecasílabo y el gorro frigio, sino, además, el género de literatura guardado en el estante que abrí pensando en que podría decirse “dime lo que lees y te diré quien eres”.

En los anaqueles dormían el sueño de la poyilla las obras de Rousseau, Volney, D' Alambert, Diderot y Montesquieu entremezcladas con la “Zaira” y “La Henriada” de Voltaire, “El Sofá” de Crebillón, “El Arte de Amar”, “Abelardo y Eloisa”, “La Nueva Floresta de Chistes” y “El Arte de Agradar en la Conversación”.

En el último anaquel, desde el cual alta la cola y abiertas las feroces cizallas me amenazaba un alacrán, distinguí “Le Monarchie Accompli” y “La Europa Política” de Lanjuanais, “Les Amours de Henry IV” y el “Portrait de Philippe II, Roi d'Espagne”.....

La mayor parte de esos libros mostraban, en las primeras páginas, los nombres de aquellos antiguos contertulios de mi padre a quienes mi abuela miró siempre con tan soberano desprecio, y que, ahora, encontraba yo muy señalados por sus ideas liberales: Toribio Rodríguez de Mendoza, Fray Diego Cisneros, Hipólito Unánue..... uno en el Convictorio de San Carlos,

otro en la calle que después se llamó del Padre Gerónimo y otro hasta en el mismo Palacio del Virrey, propagaban los principios revolucionarios bebidos en los libros que, en esos momentos, tenía yo en las manos.

Atando cabos, llegué, pues, a explicarme el motivo del tono de resentimiento empleado por mi abuela en las poquísimas veces que hablaba de mi padre, y el de la ojeriza profesada a Rodríguez de Mendoza y demás contertulios que, durante algún tiempo, sostuvieron en nuestros salones certámenes donde no todo debió ser inocente literatura.

El descubrimiento que hice cayó como un baño lustral sobre mi espíritu. En adelante, yo no tendría que reprobarme lo que, algunas veces, me parecía traición a la sangre de mis abuelos, y podría trabajar tranquilamente pues era lógico suponer que, el autor de mis días, junto con la vida me hubiese transmitido el amor a la libertad.

Con estos pensamientos, desdoblé el pliego de instrucciones que la logia de Cádiz me había entregado, en clave que solo podía confiarse a la memoria, y con no pocos esfuerzos comencé a descifrar el vasto papelote lleno de puntos, signos y figuras donde la personalidad de cada "hermano" se ocultaba tras de un nombre tomado de la antigüedad clásica. Por ese arte, mi

amigo San Martín quedaba convertido en el h.: Inaco; yo, en el h.: Plautus.... Las ciudades también cambiaban de nombres, tocándole a Lima el evocador y eufónico de Salamina.

No era grano de anís lo que se confiaba a mi patriotismo y discreción. Por primera providencia, debía fundar en Lima una filial de la logia de Cádiz, para lo que debía concertarme, principalmente, con los miembros de la nobleza limeña. Los trabajos masónicos se dividirían en cinco grados; en el primero, el afiliado debía comprometerse, con su vida y bienes, a trabajar por la independencia de América. En el segundo haría la profesión de fe democrática, jurando que no reconocería por gobierno legítimo sino al que fuese elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y que trabajaría por la fundación del sistema republicano. En el tercer grado, se encomendarían al iniciado trabajos de propaganda civil. En el cuarto, se le comisionaría, llegado el caso, para influir en la administración en favor de la causa y para interesar a los funcionarios públicos que, en el momento supremo, debían secundar la acción de la Revolución. En el quinto grado, los trabajos deberían versar sobre la acción militar del movimiento, las instituciones que se implantarían y los ciudadanos a quienes convenría confiar el gobierno de los pueblos.

El nombre de los afiliados se conservaría en la memoria; y cuando por urgente necesidad hubiera que recurrir a la escritura, se usarían claves debiéndose quemar las comunicaciones una vez descifradas. Se recomendaba que las "tenidas" se efectuaran en diversos lugares, empleando signos, toques y señales conocidos solo por los iniciados. Los "hermanos" de un grado ignorarían quienes integraban los grados anteriores y posteriores. Los del último, podrían trabajar en todos.

La logia de Lima se comunicaría con las que establecieran en Buenos Aires, Santiago, Alto Perú y Quito los afiliados que, junto conmigo, se embarcaron en Cádiz con rumbo a la América. Además, yo tendría que estar cerca de Abascal, lo que me sería fácil dada la misión del gobierno español que traía, a fin de remitir toda clase de datos e informaciones como cantidad y calidad de tropas realistas, armamento, planes de campaña, itinerarios, recursos del país, estado de la opinión, etc. etc.

* *

*

Cuando estuve al cabo de las instrucciones, me dispuse a dejar el mirador; pero antes de

aventurarme por el atormentado caracol de madera que crujía bajo mis plantas meciéndose como una hamaca, me detuve para contemplar el panorama de la ciudad que íbamos a arrancar de las garras del león español y que, desde ese altísimo asilo de las doctrinas democráticas, abarcaba una extensión inmensa.

Desde el macizo de Puente Piedra hasta las pizarras del Salto del Fraile, mi vista recorría el litoral jalonado de islas áridas y desoladas. Allí estaban las Hormigas, con sus grutas y cavernas donde el mar retumbaba solitario: Pescadores, en cuyas inmediaciones los bufeos hacían actos de acrobacia; San Lorenzo, con sus tranquilos remansos y sus estratificaciones de arcilla endurecida; Palominos, con sus farallones de granito que aparecían sobre las olas como manos que implorasen: la Horadada, hasta donde llegaban, en sus balsas de totora, los indios de los acantilados de Maranga....

Después, mis ojos se posaban en los risueños y lozanos valles, el pleno dominio de la vieja Mama Pacha, donde ébria de sol y de alegría bajo el cielo azul, ceñida por cinturón de pórvido y esmeralda y acariciada por las brisas del trópico, surgía "la muy noble, insigne y muy leal ciudad de los Reyes del Perú" alcázar de generosidad y de nobleza; palenque de heroísmo; cá-

tedra de sabiduría; altar de virtudes inmarcesibles!... Al frente, el Rímac, como un hilo de azogue, despeinaba sus hebras en los tajamares del Puente adonde acudían las limeñas, desde los tiempos de Montesclaros, a gozar del fresco en las sofocantes noches del verano. A un extremo, aparecía el arrabal de Sán Lázaro, refugio de leprosos y cimarrones, y la Alameda con sus fuentes de bronce murmuradoras bajo la fronda de los naranjos testigos de las espirituales cuchufletas de las tapadas que, en el día de la Porciúncula, acudían a esos lugares para hacer caridades y tomar una cucharada de la sopa de los pobres.

A la izquierda, bordeando la pesada mole del San Cristóbal, zigzagueaban los secos y polvorientos callejones donde, por Carnavales, chorreaban miel las higueras sembradas por Fray Martín de Porres. Más allá, se extendía la pampa de Amancaes con sus lomas cubiertas de flores que, por San Juan, adornaban el frontal de todos los caballos y mulas caleseras de Lima.

Ocultas entre el follaje estremecido por el aleteo de palomas y cuculíes, se adivinaba la iglesia de Santa Liberata con el ara edificada en el sitio donde un sacrilego enterró las formas eucarísticas, robadas del Sagrario, allá en la época del virrey-obispo.

A la entrada de la Alameda, el palacio de la

Perricholi reflejaba sus muros y su remate rococó en los limpios cristales del Paseo de Aguas en cuya vecindad se levantaba, con eterna cimera de gallinazos, el arco de la Navona mudo y gigantesco homenaje de un virrey galante a una actriz coqueta y gentil. Junto a ese arco, y dominada por el cerrito de las Ramas— donde un escribano le ganó un pleito al Diablo,— la Plaza de Acho mostraba su redondel, vacío de toreros, como la órbita de un ojo ciclópeo que mirase al cielo.

A orillas del río se divisaba el convento de San Francisco en cuyos claustros la generosidad de una hija de caciques había derramado un tesoro de admirables azulejos. Contigua, se levantaba la iglesia de los Desamparados donde un Conde de Lemos, de la familia de aquel Mecenas del inmortal Cervantes, barría los pisos, tocaba el órgano y cebaba las lámparas del Santísimo. . . . A un tiro de fusil de esta iglesia, descollaba la de Santo Domingo con su torre diseñada por Amat, la tumba de Santa Rosa y la pila donde Fray Martín de Porres lavaba azúcar negra que se convertía en blanca al contacto del agua milagrosa.

Todo ese convento estaba lleno de los piadosos recuerdos del santo enfermero cuya palabra detenía, en el aire, la caída de los albañiles

y hacía “que comieran en un plato, perro, pericote y gato”.

A poca distancia de Santo Domingo, los ruinosos paredones del Santuario de Santa Rosa traían a mi memoria la imagen de la Virgen limeña Patrona de América y orgullo del Continente. En el recinto de esos paredones, y en un miserable cuartucho de cañas embarradas, había nacido el lirio de misticismo y de pureza cuyo perfume llenaba el ámbito inmenso de la Cristiandad. Allí se conservaba el anillo de sus desposorios con Cristo, la cruz en que se suspendía de los cabellos y la ermita donde los adobes tenían aún impresas las huellas de los dedos celestiales que los labraron. En ese retiro, la Santa oraba, se desgarraba la carne inocentísima y hacía que los mosquitos del huerto concertaran los zumbidos en honor de Dios. . . . Y cuando el tormento de la espera le mordía el corazón encendido de amor divino, pulsaba la guitarra y vaciaba la copa de sus quejas en el ambiente lleno del perfume de rosales y naranjos:

“Las doce han dado y Jesús no viene”,

“¿quién será la dichosa que lo entretiene?”..

Después, mi vista retrocedía hasta el centro de la ciudad donde se hallaba el Palacio de los Virreyes, el Cabildo, la Catedral y la Plaza de Armas con la pila de Salvatierra y los portales del conde de la Monclova. En ese Palacio, sa-

currido tantas veces por los terremotos, se habían desarrollado dramas como el asesinato de Pizarro, y tertulias poéticas como aquellas que Castell dos Rius introdujo con gran escándalo de la aristocracia limeña acostumbrada a la severa etiqueta de la Corte austriaca.

A la derecha de mi observatorio, quedaba el Monasterio del Prado con sus nogales y la Quinta del Rincón— otro nido de los amores de Amat—el Carmen, donde las monjas fabricaban mazapán que era una bendición, el Cercado con sus huertas de nísperos y palillos.....

Tras de la gruesa muralla de adobes, del tiempo del duque de la Palata, aparecía “Santoyo” donde ordeñaban la leche que tibia aún, y olorosa a campo, bebíamos en casa; un poco más lejos, las caleras del “Agustino” ponían su alegre nota en el paisaje.

En dirección al mar, se apiñaba toda la ciudad con su conjunto de casas, torres y arboledas.....

Con el alma henchida de orgullo y de amor infinito, contemplaba a la dulce ciudad de mis mayores y evocaba su pasado esplendoroso: son los días de la Conquista, sobre el valle de viejos aluviones avanza un tropel de hombres blancos y barbados, vestidos de hierro. Delante, va Pizarro llevando en las pupilas la visión de las batallas y los descubrimientos. Al pie de una

huaca, donde Limaclampu predice el futuro, clava su gonfalon de guerra; y llevando al cinto la mano teñida en Caxamalca con sangre real, saca la daga y traza el recinto de un palacio. Un fraile, desmelenado, y con los hábitos al viento, trepa sobre la huaca, despedaza el ídolo y planta una cruz. Lima queda fundada.

Pasan los días. Pizarro se retira a su palacio para meditar el plan que culmina en las Salinas donde Almagro, el viejo compañero de glorias e infortunios, entrega su espada. Libre de preocupaciones, el fundador de Lima se dedica a embellecerla, porque la ama como a una mujer, y carga maderos en los hombros agobiados ya por el peso de los años. Pero Pizarro también sueña; y, un día, manda a uno de sus hermanos en busca del país de la Canela, que no es hallado, pero Orellana con dos hachazos derriba un cedro de la selva, hace un bergantín y, siguiendo las aguas de las Amazonas, llega a España.

Pizarro declina. Sus manos trémulas apenas pueden desgajar las primeras naranjas de su jardín. Una mañana de junio es asaltado, en su palacio, y muere besando la cruz que, junto con la espada, trajo al Perú.

Sobre el cadáver, caliente aún, de Pizarro, llega un jurista débil y enfermo que viaja en parihuela, acompañado de un franciscano con

los óleos listos. Dentro del pecho ético, Vaca de Castro esconde, mañosamente, un espíritu fuerte y enérgico que, en Chupas, vence al joven Almagro y vuelve a Lima para entregar el mando a Núñez de Vela, el primer Virrey, quien se inicia apuñaleando a un Factor, y acaba sus días en Añaquito donde sus barbas venerables sirven de trofeo en la gorra de un desalmado.

Para vengar este crimen, viene un inquisidor sin más bagaje que su capa y su breviario. Arrebata el Perú de manos del Muy Magnífico Señor Don Gonzalo Pizarro, y al regresar a España, llevando al rey un galeón cargado de oro, tiene que pedir prestado para comprarse una sotana.....

A continuación, viene la serie inacabable de virreyes entre los cuales unos son mansos y humildes, como aquel buen Don Antonio de Mendoza que trataba a los indios como a hijos. Otros, son duros y enérgicos, como ese marqués de Cañete que al mandar revoltosos a la horca decía: "plegue a Dios que me aproveche". Unos, como el conde de Nieva, son galantes y enamorados y mueren con la muerte de los héroes de las comedias de capa y espada. Otros, mueren de pena como aquel Don Francisco de Toledo a quien Felipe II le dice: "idos a vuestra casa, Don Francisco, que no os envié al Perú a matar reyes sino a servir a reyes"..... Virreyes hay, como Hen-

riquez de Almanza, que pelean con la Inquisición; y otros, como Hurtado de Mendoza, que pelean con el Arzobispo. Unos fundan ciudades; otros fundan iglesias, colegios y hospitales. Quien, pasa el tiempo en el confesonario, quien en devaneos amorosos o en certámenes literarios.... Todos son leales servidores del rey y se esfuerzan por cumplir las dos recomendaciones que vienen a ser como los polos del eje sobre el que gira todo el sistema colonial español: tener sumisos a los pueblos y enviar tesoros a la Corona.....

*

* *

Cuando descendí del mirador, el sol se hundía tras los castillos del Real Felipe. La luz crepuscular doraba el remate de los edificios y la copa de los árboles, llenas de polvo y de rumores, donde los gorriones aleteaban buscando el nido.

El horizonte se revestía de suavísimos tintes, y una vaga penumbra esfumaba el contorno de las cosas.

¡La Hora estaba llena de dulzura y de inefable encanto!

De las torres, incendiadas con los reflejos del poniente, cayó sobre la ciudad el toque de Oración.

La voz de las campanas rasgaba el aire dormido y cargado ya con los perfumes y las voces inconexas del crepúsculo.

Una nube de tristeza infinita me envolvía!..

Y cuando sobre el negro cielo embrujado, comenzaron a parpadear mil lámparas de plata, sentí que hasta el fondo de mi alma, se infiltraba el alma de la ciudad frívola y grave, romántica y sensual!.....

V

Las conversaciones sostenidas con muchos vecinos de Lima, llevaron a mi ánimo la certidumbre de que la emancipación era un deseo arraigado en la mayor parte de los peruanos.

Los principales argumentos que se trataba de hacer valer, para justificar el anhelo separatista, consistían en que los intereses económicos y políticos de América estaban en pugna abierta con los de España; en que era tiránico el sistema de monopolio establecido en cuanto al comercio y la industria, y en que no podían desecharse las ventajas de todo género que el libre tráfico producirían al Nuevo Mundo. Además, se decía que la enorme distancia a que nos hallábamos de la metrópoli era un inconveniente para la buena administración de estos pueblos, y que el odio profesado por los criollos a los peninsulares — nacido de la exclusión que éstos hacían de aquellos, al proveerse los puestos públicos — se había avivado por la crueldad empleada al reprimir los gritos reivindicadores de Tupac Amaru, Aguilar y Ubalde.

Por último, el ejemplo de la lucha libertadora emprendida por las colonias inglesas de

Norte América y la propaganda de la Revolución francesa, hacían que el deseo de emancipación palpitara en muchos corazones.

Sin embargo, la opinión pública estaba dividida: los abogados, médicos, hombres de letras, terratenientes, el bajo clero y los artesanos formaban el partido de los liberales y deseaban la emancipación. En cambio, los altos funcionarios, comerciantes, militares, el alto clero y los americanos que se hallaban en estrecha relación con el Gobierno, formaban la legión de los conservadores, partidarios de la Corona española.

En cuanto a la masa del pueblo, pude notar que permanecía indiferente.

*

Venciendo mil dificultades y peligros, pues el ojo avizor de Abascal penetraba a todas partes, logré reunir un grupo de los más fervientes partidarios de la causa patriota. La primera reunión tuvo lugar en una huerta del Cercado y, entre otras personas, concurrieron a ella los abogados Mateo Silva, Pérez de Tudela y Alvarez; el brillante hombre de letras Don José Baquijano y Carrillo y muchos títulos de la nobleza limeña entre los que recuerdo al conde de la Vega del Rhen, el conde de San Juan de Luriganchó, el mayorazgo de Montemira y el sobrino del marqués de Montealegre de Aulestia.

En esa primera y memorable reunión se habló de todo atropelladamente, sin orden, ni concierto.... Se expusieron toda clase de ideas y doctrinas desde las de aquellos que aconsejaban copiar las instituciones amparadas por la Revolución francesa, hasta las de aquellos que al incitar a Abascal, para que se coronase Rey del Perú, no habían perseguido sino cambiar de dinastía.

Desde los primeros momentos pude darme cuenta, pues, de que todos los asistentes no comulgaban con las mismas ideas acerca de la forma de gobierno que debía establecerse. Existía el partido de los monárquicos que deseaban la emancipación para proclamar a un príncipe de la dinastía española — o de alguna otra europea — y el de los liberales irreductibles que preconizaban la república y los dogmas de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

En cuanto a los métodos, también había discrepancia: unos aconsejaban trabajar por una separación amigable de la madre patria, y otros sugerían la creación inmediata de juntas que, con el pretexto de conservar sus dominios al rey prisionero, tomasen las riendas del Gobierno aunque para ello hubiera que emplear medidas jacobinas.

Recuerdo, como si las acabara de oír, las frases de algunos de los asistentes a la reunión.

De pie sobre la mesa donde el huertero amontonaba los tomates, uno de los más furiosos jacobinos, el abogado Mateo Silva, con el cabello en desórden, los ojos saltados de las órbitas y moviendo los brazos, como aspas de molino, expresaba sus ideas truculentas: No bastaba hacer una revolución puramente política, había que hacerla también social, económica y filosófica. Era necesario establecer la República y acabar con la Monarquía y con su aliada la Iglesia

El sencillo pueblo limeño había marchado, durante muchos años, entre Dios y el Rey. Los frailes le decían que obedeciera al Rey y que trabajara sin preocupaciones, pues éste se encargaba de cubrir sus necesidades y, caso de resistirse a trabajar, allí estaban las llamas del Infierno.

El Rey, por su parte, obligaba a que se creyera en Dios y se pagaran los diezmos a la Iglesia porque si nó, allí estaban las hogueras de la Inquisición. . . . La Monarquía y la Iglesia, convertidas en aliadas, se sostenían mutuamente. Había que acabar, pues, con éstos dos ídolos de pies de barro y con todos los privilegios que estaban en pugna con los principios democráticos.

Cuando el impetuoso Silva terminó su perorata, estalló una tempestad de aplausos. Una pareja de gorriones huyó asustada del hueco de

una viga, donde amontonaba paja y trapos viejos, y un batallón de gansos, blancos y calzados de rojo, detuvo el bamboleante paso y con el ojo alerta, y el cuello estirado, lanzó un graznido de

resaca.

Duraba aún el eco de los aplausos cuando José de la Riva Agüero se encaramó sobre la mesa de los tomates convertida, por los vaivenes del Destino, en cátedra doctrinaria. Todas las miradas se volvieron hacia el joven que a su talento, elegancia y buena figura unía el hecho de ser sobrino de los Marqueses de Montealegre de Aulestia y estar recién llegado de Europa y Buenos Aires.

Con todo aplomo y serenidad empezó a refutar las doctrinas de Silva: Una República a semejanza de la de Norte América no podría establecerse, desde un principio, en el Perú; élla tendría que ser la última etapa a la que se llegaría después de un largo viaje a través de muchas reformas civiles, económicas y políticas. Acabar con la nobleza hereditaria, para establecer la república democrática, sería muy difícil en el Perú donde había una Corte rica, engreída y con hábitos seculares de amor y sumisión al rey.....

—La aristocracia es una rémora—interrumpió un hombre viejo y dolicocefalo, con enormes quijadas y cabellos lanosos.

Riva Agüero lo miró compasivamente y colocándose la mano, blanca y pulida, sobre el pecho cruzado de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, continuó: a fe de caballero que aquello no era exacto. Antes bien, la aristocracia era útil al Estado pues, por ella, un crecido número de hombres jóvenes, y que se suponía bien educados, podía llegar en la plenitud de la vida, y sin haber gastado sus fuerzas, a los altos puestos que el común de los mortales no podía escalar sino después de haber consumido sus mejores años luchando para subir y hacerse conocer. Además, el aristócrata daría siempre mayores seguridades de honradez que el de otra clase social, pues éste, que pasaría anónimamente por la vida, no tenía ningún estímulo para practicar actos meritorios; en cambio, el aristócrata se guardaría de cometer bajezas por temor de empañar el lustre de su blasón.

De un grupo de hombres maduros salió una voz:

—¡Libertad! ¡Igualdad! y ¡Fraternidad!
Quien la había lanzado era el Señor Don José Baquíjano y Carrillo, personaje de extraordinario saber, orador elocuentísimo, notable escritor, Juez y Director de estudios en la Universidad de San Marcos y comentador de Montesquieu cuyas obras trajo de España y vulgarizó entre la juventud.

Hubo un momento de espectación: el joven Riva Agüero recibió como tres pistoletazos en pleno pecho las tres palabras que componen el dogma democrático; pero, rehaciéndose al punto, contestó: aquello de Igualdad era un espejismo de los que jamás habían observado al hombre frente a las fuerzas de la Naturaleza. La Igualdad ante la Ley podía subsistir bajo determinadas circunstancias; pero la Igualdad Social era opuesta a las leyes del mundo orgánico que, en la desigualdad de los seres, tenía el acicate que los impulsaba a caminar hacia adelante. Nadie deseaba quedar rezagado, y ese continuo esfuerzo hacia lo mejor era lo que constituía el progreso de la Humanidad....

La Desigualdad, pues, era una ley de la Naturaleza y la Aristocracia se fundaba en ella. Por consiguiente, no había que destruirla sino mejorarla y, en esos momentos, se presentaba la ocasión. Estábamos en un momento histórico único: frente al movimiento libertario la aristocracia peruana tenía que acogerse a él, no solo por convicción sino por no aparecer como cobarde y dar lugar a que la plebe se le echase encima. Por instinto de conservación tendría que ir a la guerra, y para renovar su sangre vieja y empobrecida le bastaría con abrir su seno a todo el que, en las presentes circunstancias, se distinguiera por su valor, inteligencia o

cualquiera otra de esas virtudes a las que la Aristocracia debía su razón de ser.

Con la emancipación se presentaría — y habría que aprovecharla — una espléndida ocasión para fundar una monarquía independiente de España y sobre las bases naturales y justas en que se habían fundado las primeras aristocracias que en el mundo existieron.

VI

A fin de evitar las sospechas que se hubieran suscitado al verme actuar solamente con los liberales, no bien dejé fundada la logia revolucionaria de acuerdo con los “Hermanos” comencé a frecuentar, en mi calidad de Real Emisario, los círculos realistas y el gabinete de Abascal donde, por espacio de algunos meses, me entretuve — a la manera de Penélope — en tejer con los engañosos hilos de una falsa adhesión al monarca, un velo que, lleno del más vibrante entusiasmo, destejía en las “tenidas” de la logia.

A las juntas que todas las noches se verificaban en Palacio concurría el Regente de la Real Audiencia Señor Doctor Don Manuel An-

tonio de Arredondo y Pelegrín, flamante marqués de San Juan Nepomuceno y pensionado de la Orden de Carlos III.

El Doctor Arredondo, asturiano como Abascal, había llegado a Lima en 1779 con el nombramiento de Oidor. Dos años más tarde fue Juez comisionado por el virrey Jáuregui en el proceso instaurado a los parientes de Tupac Amaru. En 1784 desempeñó las funciones de Juez de Censos de Indios y, posteriormente, se le agració con los altos cargos de Regente de la Real Audiencia y Consejero de Indias.

A la muerte del virrey O'Higgins, acaecida en 1801, Arredondo — como Regente de la Audiencia — asumió la Presidencia y la Capitanía General hasta la llegada de Avilés.

Además de esta brillante foja de servicios, que le convertía en un señor de muchas campañas, el Regente poseía la suerte de ser un buen mozo a las derechas y estar rodeado por esa aureola de confianza y simpatía que brota de las personas de gran equilibrio físico y moral. Por estas razones, era muy estimado del Virrey y la aristocracia limeña se ufanaba con la hermosa presencia, ponderación y luces del Regente.

Otro de los asiduos a las juntas era el Señor Doctor Don Francisco de Abarca, honorario de la Suprema Inquisición y del Consejo y Cámara de Indias docto y prudente varón que jun-

to con el Regente y el sobrino de éste, el Teniente Coronel Don Manuel de Arredondo y Mioño, formaba la camarilla de sagaces y preclaros asturianos en quienes el paisano Abascal tenía depositada toda su confianza.

Además del círculo de los asturianos concurrían a las juntas el Secretario del Virreynato, Don Simón Díaz de Rávago, y los jefes de la guarnición de Lima.

Después del toque de ánimas, buscaba yo la capa y el sombrero, besaba la mano de mi abuela — quien me despedía con un “Dios te haga un santo” — y con el rostro encendido por los vapores de la digestión, eructando el tinto de Cataluña y mondándome los dientes con una pluma, recorría a pie las siete cuadras que mediaban entre mi casa y la de Pizarro.

Poco antes de las diez, el virrey nos reconfortaba con un pocillo de mazamorra o champús de leche, confeccionado por las manos de su hija Ramoncita, se despedían los consultores y yo, con el sombrero hasta las cejas y el embozo en la nariz, me dirigía, sorteando baches e inmundicias a la casa del conde de la Vega del Rhen donde los “Hermanos” oían, de mi boca, el relato de todo lo sucedido en Palacio y quedaban al tanto de los acuerdos tomados por el virrey del Perú y sus consultores. A la vista de lo que se había acordado, la logia dictaba sus

providencias y, al toque de alba, cada mochuelo ahuecaba el ala en dirección a su olivo rogando a Dios no tener un encuentro con los encapados de la ronda.

*

* *

En abril de 1809 tocaban a su fin los preparativos para el formidable estallido que sincrónicamente debía producirse en las colonias españolas de América.

Desde Inglaterra, donde estaba el Gran Oriente de las logias que trabajaban por la emancipación del Nuevo Mundo, el General Miranda enviaba los últimos detalles, instrucciones y consejos de su vasto plan.

Burlando la celosa vigilancia de Abascal, la comunicación entre nuestra logia y las de Quito, La Paz, Buenos Aires y Santiago era constante y segura.

Dentro de las mismas coordenadas de tiempo y espacio en que se desarrollaban mis actividades de patriota, aparecía yo desempeñando mi papel de Real Emisario con tanta perfección que casi a diario, y de acuerdo con los "hermanos", llevaba al Virrey una falsa noticia, que le desbarataba un plan, y un puñado de pesos fuertes que, sin mucho trabajo, me era posible recolec-

tar entre los aristócratas del riñón, el alto clero y los comerciantes.

Considero un deber de conciencia declarar que el principal aliado que tuve, para estas búsquedas de dinero, fue el Tribunal del Consulado que se encargó de oprimir al comercio abusando del interés con que éste perseguía la subsistencia del sistema de monopolio español.

Gracias a la sabia organización que dí a esas exacciones, que Abascal bautizó con el donoso título de “donativos voluntarios”, las Cajas Reales recibieron muchos miles de pesos y una noche, después de la mazamorra, Abascal me declaró en tono confidencial, y haciendo ademán de prenderme algo al pecho, que esperaba, de un momento a otro, la autorización para premiar mis importantes servicios con la cruz de los caballeros de Santiago.

*
* *

En cuanto a la casona de Santa Ana, comenzaba, por esa época, a revivir sus días de esplendor merced a la honra de albergar a todo un Real Emisario de Su Majestad el Rey de España y de las Indias. Contribuía también a esta gloriosa resurrección el regreso de Nieves, completamente curada de su desequilibrio mental, y viuda

gracias a unas cámaras de sangre que dieron con Castells en los infiernos después de tres días de vinazo y borrachera.

La dulce compañera de mi infancia volvió a casa con un precioso niño en los brazos que, para dicha de todos, no tenía ningún parecido con el borrachín que lo engendró entre dos hipos y una estirada epiléptica.

El matrimonio y la maternidad habían transformado a Nieves. Sus formas, perdiendo algo de gracia ligera y esbeltez, se habían vuelto más llenas y redondas; y toda su persona ostentaba un sello de madura esplendidez que hacía pensar en Pomona la divinidad pagana de los frutos ópimos.....

El semblante de Nieves también había variado, sin perder hermosura, y sobre él vagaba ese aire inconfundible, mezcla de melancolía y de confianza, que la mujer compra a costa de las primicias de su amor. En las comisuras de la boca, que ahora bajaban, el dolor había estampado su huella; y, en los ojos, un fuego velado y misterioso anunciaba la pena secreta del alma. Sin embargo, Nieves reía y cantaba, con menos pureza en la voz — que se había vuelto más cálida y pastosa — con menos candor en la intención, pero siempre amorosa y encantadoramente.....

Como si ésto no fuera bastante, el imperio

del agua y de la escoba había reivindicado su centro en presencia de Nieves. El viejo caserón volvió a relucir como el oro y, otra vez, se llenó de risas, pájaros y flores. Se reanudaron las comidas de los sábados y atraído por el tufillo de las ollas, que esponjaba golosamente sus narices, Urzúa tuvo el cinismo de volver a nuestra mesa más tragón que nunca y con la novedad de un prolapso mesentérico que lo convertía en un barril sobre dos patas.

La felicidad de la buena marquesa era completa. Con la alegría en los labios, y la paz en el corazón, recibía los cumplidos y felicitaciones que, por mi brillante actuación en favor del Monarca, le enviaba a menudo el Virrey del Perú. Y cuando le anunciaron oficialmente que ya estaba fijado el día en que el Virrey iba a investirme con la cruz y el hábito de los caballeros de Santiago, en premio de mi lealtad y mis esfuerzos, lloró de gozo y se sintió aliviada del peso de los años. . . . Pero no en vano se queman las horas en la llama del Tiempo; y, con una pena infinita, noté que mi pobre abuela empezaba a quedar sumergida en esa onda de suave y silenciosa ternura, indulgencia y resignación que invade a los seres que, en el ocaso de su vida, vislumbran ya los resplandores de la patria celestial. . . .

Así las cosas, una noche, al llegar a Palacio, observé que hondas preocupaciones embargaban el ánimo de las personas allí congregadas. La sorpresa y la ansiedad se retrataban en los semblantes y, en el ambiente, flotaba ese forzado y desagradable silencio que invade las reuniones donde se espera discutir asuntos graves y enojosos. Sin embargo, el Virrey se mostraba, como siempre, afable, ecuánime y sereno. Con su proverbial gentileza departía en el grupo de los asturianos — sus íntimos consejeros — teniendo para cada cual una frase delicada o una expresión atenta.

Al toque de queda y cubrefuego se presentó seguido de sus familiares, curvado sobre el bastón y con vacilante paso, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor Don Bartolomé María de las Heras, dignísimo Arzobispo de Lima, a quien el caballeroso Abascal condujo de brazo hasta un asiento en mérito a la ancianidad y virtudes del ilustre prelado.

Poco rato después, sin alteración en las nobles facciones, sin temblor en la voz, ni cólera en los labios, el Virrey anunció en medio del asombro y estupor de los presentes que el Alto Perú había levantado el pendón de la revuelta....

Según los oficios enviados por las autoridades de Puno y Cuzco, en la noche del 25 de mayo la ciudad de Chuquisaca había depuesto

al Presidente de la Real Audiencia, Don Ramón García Pizarro, acusándolo de complicidad en los manejos que se atribuían al gobierno de Buenos Aires para entregar aquel país a la Corona de Portugal.

Oportunamente, las autoridades de Chuquisaca tuvieron conocimiento de que se tramaba una conspiración cuyas primeras víctimas serían el Presidente Pizarro, el Arzobispo Moxo y el Brigadier arequipeño Don José Manuel de Goyeneche, comisionado de la Junta de Sevilla.

Enterado Pizarro de que el golpe se daría en la noche del 25, se anticipó a los conjurados impartiendo orden de arresto contra ciertos oídores y cabildantes comprometidos. Solo uno fue reducido a prisión pues los demás lograron escapar a tiempo. El pueblo, que estaba preparado desde días antes, acudió a rescatar a los que creía presos y al no encontrarlos pensó que los habían asesinado. Se unió a la Audiencia y, ésta, depuso al Presidente Pizarro.

Para cohonestar su actitud, los insurrectos formaron una Junta de Gobierno independiente a la que se le señaló la misión de conservar sus dominios al rey prisionero de los franceses. Al mismo tiempo hicieron circular la especie de que las autoridades españolas habían querido entregar el Alto Perú a los Braganzas.

A mediados de julio, el 16, la ciudad de La

Paz, siguiendo el ejemplo de Chuquisaca, y apoyándose en los mismos pretextos, había formado una Junta Tuitiva.....

Al oír la relación de los sucesos desarrollados en las lejanas ciudades del Alto Perú, un relámpago de indignación brilló en los ojos de los fieles vasallos de Fernando VII; pero tomando ejemplo en la actitud mesurada y tranquila de Abascal, nadie osó dar rienda suelta a los impulsos de su espíritu. Y contenidos en los límites de la etiqueta y del respeto, cada cual expresó su juicio de la situación e indicó los medios de conjurarla.

Opinaba Abascal que el momento era de suma gravedad. Su gran visión política le hacía ver que la América no podía sustraerse al influjo de las ideas dominantes, y que las difíciles circunstancias porque atravesaba España serían explotadas en las colonias.

Las juntas de Chuquisaca y La Paz, que con el pretexto de conservar su patrimonio al Soberano se habían instalado, encerraban el gérmen de la emancipación que, andando el tiempo, tendría que llegar. Pero Abascal estaba dispuesto a que el Perú no se perdiera de entre sus manos. A Dios gracias, conocía sus deberes y, éstos, lo obligaban a personificar una política de resistencia que no solo aislara al Perú del incendio, que ya había estallado, sino que contribu-

vera a extinguirlo en el territorio americano. Para ésto, concentraría los formidables recursos que en armas y dinero encerraba el país. Haría de Lima el centro de sus operaciones y sus armas, combinadas con las del Virrey de Buenos Aires, ahogarían en sangre los levantamientos del Alto Perú. . . .

El grupo de los asturianos pensaba de distinta manera. Según el Regente, la acción del gobierno debía limitarse a sostener la paz en el territorio del Virreynato del Perú sin emprender operaciones militares fuera del radio de su jurisdicción. En breve, la rivalidad y la discordia tendrían que anarquizar a los revoltosos, sus recursos quedarían agotados y, entonces, podría obligárseles a escoger entre su pérdida segura o el generoso perdón que se les ofreciera.

El inquisidor Abarca apoyó las razones del Regente. Debían cubrirse las fronteras y organizar su defensa, pero consideraba innecesario el envío de expediciones al Alto Perú cuya administración y defensa estaban encomendadas al Virrey de Buenos Aires. . . .

Abascal quedó un momento desconcertado. Era la primera vez que los asturianos marchaban en desacuerdo con las opiniones de él. No obstante eso, manifestó su empeño de seguir adelante en sus propósitos y, esa misma noche, resolvió que el Coronel Juan Ramírez Orozco, Go-

bernador de Huarochirí, marchara a Puno, con armas, dinero y pertrechos y una compañía del regimiento veterano Real de Lima, que junto con las milicias de Arequipa, Cuzco y Puno, debía servir de base para formar un cuerpo de ejército.

Una hora después, penetraba yo a casa del conde de la Vega del Rhen donde los “hermanos” escucharon, atónitos, la relación de los sucesos del Alto Perú y las providencias dictadas por Abascal. Y aunque por el momento no pudimos explicarnos la causa que había hecho adelantarse y tomar la iniciativa a los “hermanos” de Chuquisaca y La Paz, de pie, en medio del más grande entusiasmo y con una copita de Motocachi en la mano, celebramos con espantoso e imprudente vocerío la Aurora de la Libertad!

VII

Pocos días después, el 10 de agosto, la Presidencia de Quito se declaró independiente y constituyó una Junta a semejanza de las del Alto Perú.

Según las noticias llegadas a Lima, el marqués de Selva Alegre y un grupo de amigos penetraron a la Plaza Mayor de Quito y tomaron asiento alrededor de una mesa preparada como para un banquete. El marqués, que la presidía, pidió a los supuestos sirvientes— que eran personas de calidad — que sirvieran las viandas, a lo que ellos contestaron que no las había.

—Y por qué? interrogó el marqués.

—Porque la sal se halla estancada.

El objeto de esta contestación era manifestar el abuso que se hacía con el pueblo estancando un artículo de primera necesidad.

—Traigan pan!

—Tampoco hay pan!

Por qué?

—Porque la harina también se halla estancada.

—Pues si no hay que comer al menos fumaremos. ¡Vengan cigarros!

—No hay cigarros. El tabaco también está estancado.

—Bien! Si no hay qué comer, ni aún podemos fumar, **levantémonos**

Y, diciendo ésto arrojaron los manteles y, a la cabeza del pueblo, depusieron al conde Itúiz de Castilla, Presidente de Quito, e instalaron una Junta Soberana presidida por el marqués de Selva Alegre y formada por aristocratas y letrados entre los que figuraba el cuzqueño Don Manuel Quiroga.

Abascal convocó a su Junta Consultiva, y aunque el grupo de los asturianos volvió a opinar porque no se emprendieran operaciones fuera de la jurisdicción del virreynato del Perú, opinión que también fue sostenida por el Brigadier limeño Don Manuel Villalta, los demás miembros resolvieron llevar la guerra adelante presionados por Abascal que, lleno de egoísmo, prefirió derramar sangre antes que dar lugar a que se le acusara de cobardía o lenidad.

En esa Junta — en completo desacuerdo con los asturianos y Villalta — y a pesar de que Abascal se esmeraba en hacer creer que sus deseos eran valerse de la indulgencia, se acordó, pues, que mientras llegaba de España el Mariscal Don Toribio Montes, Sub-Inspector General

de las tropas del virreynato del Perú, prestigioso militar a quien se le encomendaría la pacificación de Quito, se alistarían 400 infantes, entre veteranos del Real de Lima y milicias disciplinadas, que a las órdenes del Teniente Coronel Don Manuel Arredondo y Mioño deberían embarcarse para Guayaquil provistos de 20,000 pesos, artillería, parque e instrucciones para los gobernadores de Cuenca y Popayán.

Al mismo tiempo, se acordó lanzar una proclama donde Abascal garantizaba que el Virrey de Santa Fé otorgaría indulto a los insurrectos que volvieran a acogerse bajo las banderas del rey.....

Pero, como decían los asturianos y el Brigadier Villalta, la clemencia de Abascal estaba solo en los labios.

*

* *

No es para descrito el batiborrillo que los levantamientos del Alto Perú y Quito produjeron en Lima. La conmoción fue tan honda que llegó hasta las últimas capas de la sociedad.

En los salones de la aristocracia, como en los humildes ranchos de los arrabales, los hechos fueron expuestos y comentados briosamente aunque de distinta manera. Cada cual dió a los

sucesos el colorido de sus simpatías y sentimientos. Y así, mientras para los realistas el grito de libertad lanzado en el Alto Perú y Quito era el colmo de la felonía y de la ingratitud, para los patriotas representaba el punto y raya de la abnegación y el heroísmo.

En el Café de Bodegones, donde se bebía horchata y se jugaba al dominó; en la Comedia y la Alameda; en las lidias de toros y de gallos — donde quiera que se encontraran reunidos — los criollos miraban a los peninsulares con el insulto y la burla en los ojos y los nietos del Cid devolvían la galantería escupiéndolo por el colmillo con el aire del que tiene la sartén por el mango y está dispuesto a no soltarla tan aínas.

La triste y pacata ciudad de Lima cobró un aspecto animado y marcial que la convertía en un campamento.

Las viejas murallas resquebrajadas por el sol y las garúas, fueron invadidas por un enjambre de alarifes y albañiles que ensanchaban adarves y reponían almenas y aspilleras.

Desde el toque de diana hasta el de retreta, en los campos de ejercicio, situados fuera de las Portadas, maniobraban, entre nubes de rubio polvo impalpable, los negros y mestizos de los batallones "Pardos" y "Número".

El aire vibraba con el redoble de los tambores y el ulular de los clarines:

—¡Rataplán! Plán! Plán!

—¡Tararí! Tarará!.....

Los nerviosos corceles de guerra, con la crin tendida al viento, los ojos relampagueantes y las rojas narices dilatadas, relinchaban de gozo al sentir las descargas y el humo de los simulacros de combate.

Las voces de mando se sucedían engoladas y rápidas:

—¡Conversión a la izquierda!

—¡Por su derecha, filas en batalla!

En las calles y plazuelas — donde un pueblo ocioso y novelero había hecho volar de las acequias a los gallinazos — los Dragones de recia musculatura y brillante uniforme, y los veteranos del Real de Lima luciendo morriones de piel de oso y bigote postizo, ponían una nota alegre y pintoresca en el agrisado ambiente del invierno.

En los cuarteles y maestranzas del ejército se fundían balas y cañones, se reparaban fornituras y fusiles y una legión de sastres y zapateros atendía al equipo de las tropas.

De la Fábrica de Pólvora salían, diariamente, centenares de barriles y cuñetes que se trasladaban a los parques de Santa Catalina....

La ciudad toda, era una inmensa colmena donde se trabajaba, sin descanso, para abastecer

a los ejércitos con que Abascal se preparaba a sostener el dominio de España en América.



Al conocer las sublevaciones del Alto Perú y Quito, la logia de Lima resolvió secundar esos movimientos; y sin detenerse en buscar los ocultos resortes que habían hecho adelantar en esas provincias el estallido libertador preparado por el Gran Oriente de Londres para el año 10, y teniendo en cuenta que la revolución debía seguir un proceso igual en todas las colonias españolas, quedó fijada la fecha para instalar la junta autonómica que con el pretexto de conservar el patrimonio del rey prisionero, gobernase independientemente al Perú.

El abogado Mateo Silva rugía de gozo y, en su entusiasmo, encontraba al proceso de las juntas un aspecto legal que, en las “tenidas”, trataba de explicar abriendo mucho los ojos y con el índice apuntando al cielo: Según las doctrinas de Silva, desaparecido el Monarca la soberanía en él residente retrovenía al pueblo, lo cual era desconocer la autoridad, sobre el Perú, de todos los gobiernos que se sucedieran en España mientras Fernando VII estuviera prisionero; y como éste no llevaba trazas de verse libre, a la sombra de la junta, que resguardaba sus derechos, podría

organizarse la resistencia cuyo resultado lógico sería la emancipación.....

El acto que preparábamos se hacía más arriesgado y difícil en Lima que en cualquiera otra parte del Continente americano, pues, esta ciudad, era el centro de la vigilancia de Abascal y la que con más empeño trataba de conservar y defender, ya que sus riquezas y situación estratégica la convertían en la llave de Sud América. Pero el entusiasmo era enorme entre los patriotas y, gracias a él, la empresa nos parecía fácil y hacedera.

VIII

El 26 de setiembre, día de San Cipriano, el Virrey del Perú colocó la cruz de Santiago sobre mi pecho de “leal y esforzado Barca”.

La ceremonia de investidura se realizó en la capilla de Palacio adonde fui llevado, en las primeras horas de la mañana, por mis padrinos de hábito el Coronel del Regimiento de Dragones de Lima Don Francisco de Zárate y Manrique de Lara, mayorazgo de Montemira, y Don José Matías Vásquez de Acuña conde de la Vega del Rhen, militares ambos al servicio del rey y “hermanos” de mi logia.

Terminada la misa, en la que recibí la sagrada comunión de manos del Ilustrísimo Dr. D. José Silva y Olave, Obispo de Huamanga y Rector de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, el Virrey Abascal — en su calidad de Freile del Capítulo — tomó asiento en un sillón, forrado de terciopelo carmesí, al que rodearon los caballeros de la Orden.

Trascurridos breves momentos, el Freile se puso de pie y desenvainando la espada, acto que fue imitado por todo el Capítulo, gritó:

—¡Caballeros de Santiago, empieza el Capítulo! ¡Viva el Rey!—

—¡Viva!, contestaron los demás cruzados blandiendo los aceros.

El Freile continuó:

—Caballeros de Santiago: Su Majestad, a quien Dios guarde, manda que invistamos con el hábito de la Orden, ciñamos el acero y calceemos la espuela a Don Cristóbal de la Barca Aguilar y Vásquez Menacho, hijodalgo de buen solar y que, en la limpieza de su ejecutoria, ha comprobado no tener sangre de moro, hereje ni judío—.....

Los miembros del Capítulo se cubrieron y envainaron las espadas. En ese instante escoltado por mis padrinos, avancé hasta el Freile quien me hizo sentar en el suelo. En seguida desdobló un pergamino y empezó a leer las obligaciones, derechos y prerrogativas de la Orden de Santiago, lectura que escuché distraídamente pensando en que todo aquello de Santiago Apóstol, y su Orden de Caballería, era una patraña ridícula que no impedía, a los cruzados, ser unos pillos, cobardes y farsantes redomados cada vez que el espíritu era vencido por las flaquezas de la carne.

¡Cuántos hombres habrá, pensaba yo sin oír al Freile, que no tienen otra cruz que la de sus calzones y son más valientes y virtuosos que

todos estos condes y marqueses cruzados de Santiago que asisten, en éstos instantes, a la investidura de otro prójimo que, a las primeras de cambio, también se oividará de Santiago y de la perra que le jaló las apostólicas patas.

Terminada la lectura, el Capítulo volvió a desenvainar las espadas y el Freile me tomó juramento.

—¿Juráis a Dios y a la Cruz, emblema de nuestra redención, que procuraréis sin descanso la utilidad y bien de la Orden; que jamás iréis ni vendréis contra ella y que defenderéis en todo campo que la Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra, fue concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser natural?

—¡Sí juro!,—contesté, a pesar de que mi tremenda versación científica no armonizaba con la última parte de esta desconcertante fórmula juramentada que reputaba como pecado el jocundo y natural cumplimiento del divino precepto “creced y multiplicaos”.

—Si faltareis a vuestro juramento, Dios y nosotros os lo demandaremos..

¡Levantaos, caballero de Santiago!—

El Freile y los padrinos colocaron sobre mis hombros el manto blanco donde lucía la cruz de gules de retorcidos gavilanes, me ciñeron la espada y me calzaron las espuelas.

Abascal mascullo unos latinajos, que no comprendí a pesar de mis cuatro años de Nebrija, y el conde de la Vega del Rhen me colocó en el último asiento del Capítulo diciéndome que ese lugar me correspondería hasta que viniese otro caballero a quien por antigüedad yo precediera.

El conde de Villar de Fuente— ¡Qué linda era su mujer, Doña Manuelita del Pando! — me felicitó, también en latín macarrónico, y cambié besos en la mejilla con todo el Capítulo en señal de fe, paz y hermandad. ¡Qué labios tan fríos y viscosos tenía el viejo marqués de Montemira y comoapestaban los enormes colmillos podridos de Vega del Rhen!

Después de este tierno simbolismo blandimos las espadas y el Freile cerró el Capítulo:

—¡Caballeros de Santiago, ha concluido el Capítulo! ¡Viva el rey!



Cuando regresé de Palacio, acompañado de todo el Capítulo y ostentando la cruz que se me antojaba más pesada que la de Cristo, la mansión de mis abuelos resplandecía como un ascua de oro.

La ilustre marquesa de Peñahoradada, que

veía realizado el más grande anhelo de sus postreros días, preparaba un banquete digno de la esplendidez de nuestra casa. El suntuoso pipiripao debía efectuarse en la noche pues los reglamentos de la Orden imponían al novel caballero la obligación de almorzar acompañado solamente de los miembros del Capítulo.



Terminado el almuerzo, donde se brindó porque mis hechos futuros opacasen la gloria de los doce pares de Francia y los caballeros de la Mesa Redonda, el Capítulo se retiró, y ya me preparaba a descabezar un sueño, cuando apareció mi abuela y me condujo al salón donde vivía la ficticia vida del pincel toda nuestra prosapia de guerreros, prelados y funcionarios.

La marquesa estaba transfigurada. En su voz y en sus ademanes había algo de grave y solemne desconocido para mí. Tenía la sien radiante y sobre mi brazo sentía yo el temblor convulsivo del suyo.

—Acabas de hacer un juramento ante Dios, hijo mío. Ahora, si crees que el amor que te profeso y los sacrificios que por tí he hecho, merecen alguna recompensa ¡júrame delante de tus

antepasados que nunca traicionarás a tu Dios ni a tu Rey!.....

Confieso que tuve un momento de vacilación; pero reconfortado por una marejada de crítica histórica y filosófica que me anegó el cerebro, por segunda vez, en ese día, contesté:

—¡Sí juro!.....

Alcé la vista y mis ojos tropezaron con el primer Barca, con aquel que había peleado en la batalla de Clavijo metido casi entre las patas del caballo de Santiago. Cubierto de hierro, el fundador de mi linaje me miraba sañudamente como si quisiera desprenderse del lienzo para atravesar mi lengua perjura con el enorme espadón en que apoyaba las manos.

Ni una fibra se alteró en mi semblante y el primer Barca, inerte en la noche de los siglos, no bajó del cuadro..... Pero cuando la pobre anciana, anegada en llanto, me estrujó contra su sacratísimo seno; cuando cubrió de besos mi cabeza llena de planes contra la Monarquía y la Iglesia; cuando sentí su noble corazón latiendo contra mi corazón de traidor, un escalofrío de muerte me sacudió el cuerpo. La imagen de una patria libre y feliz — que traté de evocar — no bastó para acallar la voz de mi sangre y calmar mi angustia y mi remordimiento; y, aprisionado entre los amantísimos brazos que me ceñían, ¡por primera vez en la vida rompí a llorar con toda el alma!.....

En las últimas horas de la tarde, los más connotados elementos de la Magistratura, la Iglesia y el Ejército, principiaron a llegar al vasto caserón donde el escudo de los Barca resaltaba, más altanero que nunca, sobre el ático de impecable corrección helénica.

Seguidos del primer Regidor y el primer Síndico, se presentaron a cumplimentarme, en nombre de la ciudad “que tenía el honor y orgullo de contarme entre sus hijos”, los alcaldes ordinarios del Cabildo Don Antonio Alvarez del Villar y Don Gaspar de Cevallos marqués de Casa Calderón, doctor en ambos Derechos, Catedrático de Filosofía Moral y Capitán del Regimiento de la Nobleza de Lima.

Minutos después ingresaron, oliendo a cera e incienso, el Secretario del Arzobispado con el Dean, Arcediano y Canónigos de la Santa Iglesia Metropolitana, cuya representación se completó con el doctor D. Francisco Xavier de Echagüe Examinador Sinodal y Juez Visitador de Capillas y Patronatos, y el abyecto Urzúa con la sotana de chamelote de seda.

Echando pestes contra la humedad de Lima, y ponderando el alfajor de Penco; el Oídor honorario de la Audiencia de Chile, Don Benito Iturgoyen subió las escaleras rengueando por el reuma, del brazo de Don Manuel Alvo y Caba-da, Prior del Tribunal del Consulado, a cuyos

buenos servicios debía yo el éxito en mis búsquedas de dinero para el Real Tesoro.

Picando los pasos de estos caballeros llegó— con aire vago y distraído, los dedos manchados de tinta y la cabeza sudando números — el Administrador de Temporalidades; y, a continuación, el Juez de Bienes de Difuntos; el Coronel Don Joaquín de la Pezuela, Sub-Inspector del Arma de Artillería, y el Brigadier Don Manuel Villalta.

Al toque de ánimas se presentó la aristocracia con sus mejores galas y atavíos. Las damas lucían traje de terciopelo de Flandes, gargantilla de perlas y arracadas de brillantes.

Los jóvenes vestían casaca bordada, chupa, calzón y zapato con hebilla de piedras finas.

Los viejos llevaban ropas oscuras y coletas del tiempo de Carlos III.

Todos ostentaban los collares, cruces, bandadas y veneras de las órdenes militares y civiles a que pertenecían.

En esos momentos, el gran salón donde mi abuela, vestida de gorgorán y constelada de joyas, recibía a los invitados, presentaba un golpe de vista magnífico y deslumbrador. La mueblería de nogal tallado, los cuadros, broncees, tapices, y espejos — que parecían dormir el sueño de los siglos — cobraban vida para realzar ese abigarrado conjunto de seres que con la nieve y

el rosa de las mejillas, la púrpura de los labios, el nácar de los dientes y el záfiro y esmeralda de las pupilas femeninas, opacaban el brillo del terciopelo, el oro y la seda de los trajes. . . .

Sobre la reunión flotaba ese ambiente de franqueza y cordialidad que desde los comienzos del siglo XIX pugnaba por sustituir a los estiramientos de la antigua etiqueta. Sin embargo, en el modo como se agrupaba la aristocracia que esa tarde se había dado cita en nuestros salones, un observador sagaz hubiera notado los efectos de la división que la idea de Libertad hizo nacer entre los miembros de la nobleza limeña.

Alrededor de mi abuela, que por la limpieza de sus blasones y probada fidelidad era la más robusta columna de la aristocracia colonial, se agrupaban Don Fernando Carrillo de Albornoz caballero de Montesa, conde de Montemar y de Monteblanco, señor del castillo de Miravel, y su esposa Doña Rosa de Salazar y Muñatones; Don Pedro José de Zavala y Bravo del Rivero, marqués de San Lorenzo del Valleumbroso, y su linda y joven mujer Doña Grimanesa de la Puente y Bravo de Lagunas; el canijo y enclenque conde de Villar de Fuente; la marquesa de Mozobamba del Pozo; la de Valdelirios y los condes de Premio Real.

En otro extremo del gran salón, se agrupa-

ban los patriotas entre los que descollaban Don Pedro José de Zárate y Navia, marqués de Montemira; Don Juan José de Aliaga y Colmenares marqués de Fuente Hermosa; el mayorazgo de Muñatones y el de Ríos; don José Bernardo Tagle y Portocarrero marqués de Torre Tagle y Comisario de Guerra y Marina por juro de heredad; el conde de la Vega del Rhen; el mayorazgo de Montemira; Don José Mariano Boquete, marqués de Montealegre de Aulestia, y su sobrino el hábil y activo José de la Riva Agüero, alma de nuestra logia y espejo de patriotas.

*

* *

Poco antes de sentarnos a la mesa, donde las manos de Nieves habían volcado las ollas de Camacho el Rico y las cestas de Flora, aparecieron el Asesor General del Virreynato y el Promotor, Oidores y Fiscal de la Real Audiencia precedidos por el Regente Arredondo.

A la legua se notaba que un aire de preocupación y disgusto envolvía a los graves garnachas que se mostraban impenetrables y silenciosos como obedeciendo a una consigna.

Arredondo sorbía frecuentes narigadas del rapé contenido en caja de oro con cifra de rubies, y proyectaba los labios lo cual era signo

revelador de que en su espíritu se estaba librando una batalla formidable.

*

* *

La colocación de los asientos en el comedor, había sido materia de concienzudo estudio y frecuentes consultas con Urzúa, convertido esta vez en maestro de ceremonias, y gracias a tan discreta medida aun los más empingorotados y quisquillosos personajes quedaron satisfechos y con el honor en salvo.

La comida empezó con ese mutismo clásico de los grandes pipiripaos. La noble y olorosa sopa teóloga fue consumida con unción casi religiosa muy en armonía con las ideas que su nombre evocaba.

Al servirse la fritanga de menudillos de ave, el fino y espiritual Brigadier Villalta rompió el hielo relatando, con gentil donosura, lances cuyos protagonistas habían sido soldados del “Parados de Lima” con los que ayudó a debelar la insurrección de Tupac Amaru.

Después del primer episodio, se desataron las lenguas; la conversación se generalizó y entre risotadas de Urzúa — que le hacían mostrar el galillo y las amígdalas — y misteriosos secretos de Arredondo con el Asesor del Virreynato,

pasaron la carapulcra de conejo, el estofado de cordero y el pepián de choclo.

Al servirse el pavo relleno, el Regente reclamó la atención general; se caló las antiparras y mientras buscaba la grasita en la gustosa rabadilla que Nieves le había enviado especialmente, empezó un discurso que conmovió al auditorio:

No había querido hablar por no ser tildado de aguafiestas, pero la gravedad del caso le imponía el deber de hacerlo y hablaría aunque el hecho a que iba a referirse constituía una ingratitud amparada por muchos aristócratas limeños.

Al llegar a este punto, mi abuela miró severamente a Arredondo. No estaba dispuesta a tolerar que se insultase a la aristocracia limeña y menos en esa ocasión. La marquesa de Peñahoradada tenía el concepto árabe de la amistad que defiende, a sangre y fuego, a todo aquel a quien se ha brindado el pan y la sal de la hospitalidad.

Después de todo, tal vez no se trataba sino de una de tantas exageraciones del Regente.

—¡Una ingratitud y una injusticia! — decía Arredondo quien, después de soltar los cubiertos y descabargar las antiparras, declaró que el Virrey acababa de coger el hilo de una nueva insurrección.

—Y, esta vez, aquí. ¡En Lima!....

Y Arredondo golpeaba furiosamente la mesa haciendo temblar las copas que derramaban el vino sobre el mantel donde se veía nuestras armas bordadas por las monjas de la Santísima Trinidad.

¡Mil granadas de artillería, estallando a la vez en el comedor, hubieran hecho menos efecto que las palabras del Regente. Cien bocas se abrieron de sorpresa y en cien cuerpos se suspendió la mecánica de la respiración!

¡La sangre se me heló en las venas!

Dirigí una mirada interrogadora al mayorazgo de Zárate y lo noté pálido como un difunto. Volví los ojos a los Aliaga, a Vega del Rhen, a los Salazar y en el rostro de cada uno de ellos leí la sorpresa y el estupor. El único que permanecía sereno era Riva Agüero quien miraba al techo donde, entre guirnaldas y cresterías, dos amorcillos tendían el arco desde campo florde-lisado.

—Por ahora solo se sabe que un loco hablan-tín, Mateo Silva, dos gallegos y cuatro gatos más han pretendido constituir una Junta de Gobierno Autónomico. Un tal Millán los denunció al Virrey; se les ha metido del pescuezo a Carceletas y allí cantarán de plano. ¡El mal ejemplo de Chuquisaca ha trastornado a Lima!....

Al oír el nombre de Chuquisaca, las godas

del riñón miraron, con el rabillo del ojo, a la bella chuquisaqueña Doña Juana Rosa García de la Plata, marquesa de Torre Tagle, quien sintió avivarse aun más el carmín encendido en sus mejillas por la tisis que, dos años más tarde, la mataría.

—Se ha querido seguir el ejemplo de Chuquisaca sin tener en cuenta que los reyes de España han distinguido a Lima sobre todas las ciudades de América.—

Decía Arredondo que, desde muy antiguo, se establecieron en Lima una Audiencia Pretorial y un Tribunal del Santo Oficio cuya jurisdicción se extendía al territorio de Chile, Buenos Aires y Santa Fé. Y el Regente abría los brazos señalando puntos lejanos en el vacío y haciendo crujir las costuras de su casaca bordada.

—¡Y que ciudad ganará a Lima en la riqueza y número de conventos? Solo el de la Concepción encerraba, en una época, más de mil monjas!—

Urzúa asentía con la cabeza y mirando los niños de mazapán almendrado, el chupe de pastas y las pastillas de briscado, que había sobre la mesa, pensaba en la inmensidad de golosinas que esas dos mil manos habrían fabricado.

Mientras tanto, sombríos pensamientos me atenaceaban el cerebro. Los planes de la logia habían fracasado y ese aborto se debía a Mateo

Silva que era más hablador y descachalandrado que nadie. Felizmente, no se conocían detalles, todavía, y quedaba tiempo para escapar. En cuanto terminara, el banquete — ya estábamos en los postres — los “hermanos” desfilaríamos sabe Dios! hacia qué escondrijo, pero desfilaríamos sin más remedio. ¡Y mi pobre abuela!.....

Las palabras seguían fluyendo de los labios de Arredondo:

—Gracias a la solicitud y al paternal cuidado de los reyes, Lima puede contar con hospitales bien atendidos, suntuosas iglesias, una Junta Conservadora del Fluido Vacuno, un magnífico Panteón..... Y para destruir el cargo de que España mantiene a estos pueblos en la ignorancia, basta recordar que en Lima existen una Universidad con los mismos privilegios que la de Salamanca, un Seminario Conciliar y un Conventorio, viveros de ilustres varones!—

En cuanto a organización económica, allí estaba el Tribunal del Consulado que amparaba los derechos del comercio, y la Casa de Moneda que sólo desde 1801 a 5 había acuñado, en plata y oro, más de 21 millones de pesos. Arredondo hacía ademán de contar miles y miles de pesos y a pesar de la honda emoción que los embargaba los convidados estiraban el cuello, y tra-

gaban saliva espesa como algodón, poseídos de “auri sacra fames”.

—A España debe la América leyes admirables, la religión del Crucificado, idioma, cultura, civilización!... Y respecto de la queja de verse desatendidos los americanos en la provisión de puestos públicos, puedo probar que no tiene fundamento—.....

Y en tanto que el corazón me daba tumbos, pensando en los espantosos sufrimientos que se le esperaban a mi desdichada abuela, Arredondo decía que limeños fueron el marqués de Casa Fuerte, Virrey de Méjico; y Araujo y Río, Presidente de la Audiencia de Quito; y los obispos Rivera y Paredes; y el conde de la Unión que mandó los ejércitos españoles en la campaña del Rosellón.....

—¿En qué país de América hay una nobleza como la de Lima que cuenta con un duque, cuarenta y cinco condes, un vizconde, cincuenta y siete marqueses y ochenta y nueve caballeros de hábito? Compáren vuestas mercedes ésta nobleza rica y engreída, con la de Caracas donde el más acaudalado, el conde de Tovar, no servía vino sino en las grandes comilonas, o con la de Quito, o Buenos Aires o Santiago y se verá la diferencia.

Y no hay que vociferar tanto la plata y el oro que se ha extraído de América pues, en cam-

bio, nosotros hemos traído, y aclimatado, caballos, bueyes, asnos, gallinas y un sin número de animales domésticos, amén de cereales, árboles frutales, hortalizas y muchas flores.

¡Y cuando la adhesión de los limeños a su metrópoli debería ser indestructible, y cuando más necesita España del amor y del apoyo de ellos, tratan de separarse invocando los excesos! ¡Los excesos! como si hubiera sido posible prescindir de ellos en la conquista, y como si las naciones más cultas no los hubiesen cometido, en sus colonias, antes que España y en mayor abudamiento!.....

¡Bien podía, y debía, esperar España, de sus hijos del Nuevo Mundo, otro género de correspondencia!—.....

*

* *

Llegó la hora de servir la descomunal empanada que, cubierta de pepermas y banderas, esperaba en una mesita contigua al sillón de mi abuela.

Arredondo dejó de hablar, atento solo a deglutir bocados, como el puño, que le secaban las fauces. Después, con el ansia de un arenal, bebió un gran vaso de agua, y se preparaba a continuar el discurso, cuando se presentó Nieves en

el comedor y entregó a mi abuela una carta que, con la mayor urgencia, enviaba el Virrey al Regente.

¡Estábamos descubiertos! Como impulsados por un resorte, los "hermanos" abandonamos los asientos, en medio de la estupefacción general, y Arredondo, con el permiso de la mesa, leyó:

"Paisano y amigo mío:

"Os ruego que vengáis inmediatamente, junto con los señores miembros de la Audiencia que os acompañan, a fin de que conozcáis en el asunto de que os hablé esta tarde y de cuyos pormenores ya estoy enterado. Asimismo os ruego que hagáis saber, en nombre mío, a la Excelentísima Señora Marquesa de Peñahorada, que a su honor y lealtad queda confiada, por ahora, la custodia de su nieto Don Cristóbal acusado de traición al rey.— **Abascal**".

.....
Momentos después, la casa de los Barca quedaba convertida en templo del dolor!

Un extraordinario aumento de la presión sanguínea, rompiendo un vaso de la arteria silviana, había convertido en un caos el cerebro de aquella dulce y bondadosa señora cuyo afecto, y cuya vida, sacrificaba yo, sin derecho y sin justicia, en los altares de la patria!

¡Yo no quería ni podía pensar! Una sola idea, inmensa y fatal, llenaba toda mi mente sobre la

que pesaba como una montaña de granito: yo era el verdugo de un ser por cuyas venas corría la misma sangre que alimentaba mi existencia!

De bruces sobre el lecho donde mi víctima se apagaba lentamente, sin exhalar una queja, largo rato debí permanecer antes que las tremendas emociones del día, y el cansancio, sumergieran mi conciencia en un letargo poblado de extrañas y desconcertantes visiones.

El primer Barca — aquel torvo capitán que tan sañudamente contemplara mi perjurio — desprendiéndose del marco de ancha moldura se plantaba a dos pasos de mí, con el terrible espadón de Clavijo entre las manos.....

Después, me invitaba a seguirle. Hundiéndonos en la penumbra de los siglos muertos y salvando de un brinco mares y montañas, llegábamos a un fragoso rincón de Asturias en los tiempos en que se ponían los cimientos del noble solar que ahora manchaba yo con mi traición y mi vileza.

Al son de las alegres fanfarrias de otros días, los viejos paladines surgieron de las tumbas donde se desmigajaban sus osamentas y toda la gesta heroica de mis abuelos comenzó a desfilar ante mis ojos desorbitados por el espanto...

Vestido de blanco, y con la espada pendiente del cuello, el primer Barca recibía el espaldarazo que lo convertía en caballero y simbolizaba

la última ofensa que podía tolerar sin cobrar venganza. Después saltaba sobre el bridón de guerra y, entre el clamor de las mesnadas anhelantes, sembraba el terror en la morería metido casi entre las patas del caballo de Santiago. A continuación, recibía la cruz y yo se la arrebató para clavar, en ella, a mi abuela con gran escándalo del Conciliario y de Urzúa que trataban de arrancarme el lanzón que la Patria me alcanzaba para asesinar a la buena señora.....

Finalmente, el primer Barca era tomado prisionero y encerrado en una torre donde rechazaba el amor de una princesa mora y se dejaba morir de hambre gritando: "por la fe moriré". Y los Reyes de Armas, para perpetuar la memoria de estas hazañas portentosas, colocaban la torre del martirio en el escudo de los Barca y les daban por divisa las últimas palabras del esforzado caballero.....

Ahora, el fundador de mi linaje, blandiendo el espadón de Clavijo sobre mi cabeza oleosa y peinada, me tomaba cuenta por haber empañado torpemente el honor de su blasón. Al eco de su voz, todos los Barca del salón se desprendían de sus lienzos. Junto al recio Don Nuño que en compañía de los reyes de León y de Navarra arrojó de Compostela al gran Almanzor, y recuperó la tumba del Apóstol, se agrupaban todos los Barca que a bote de lanza y golpe de espada,

escribieron su nombre en las páginas de la Reconquista. Chapeados de hierro, firmes y airoso entre los altos borrenes de la silla de batalla, cabalgaba el que rompió las cadenas de Coria y de Salamanca; el que fue con el Cid a la conquista de Valencia; y el que murió envuelto en la derrota de Alarcos; y el que le vengó en las Navas de Tolosa; y el que triunfó en el Salado; y el que se cubrió de glorias en Lepanto.....

Todos me miraban con ojos llameantes y me amenazaban con las armas que les habían dado lustre y honor derramando torrentes de sangre en nombre de una religión de caridad y de amor!.....

Súbitamente cambió el cuadro y me ví conducido, sobre inmunda carreta, a una plaza llena de gente. De las paredes pendían negros crespones y las campanas doblaban como en un funeral. Allí se dió comienzo a una ceremonia que me llenó de horror. Dos heraldos, vestidos de oro y damasco, se colocaron frente a mí y les oí pronunciar mi nombre seguido de los epítetos de traidor, villano y desleal. Me descalzaron las espuelas, hicieron pedazos mi espada, borrarón la empresa de mi escudo y atándolo a la cola de un caballo lo hicieron arrastrar por el suelo.....

Pero esto no fue todo! Abriéndose paso entre la muchedumbre vi avanzar a Urzúa revestido de sus insignias de Ministro del Altar. Sobre toda su persona se extendía un aire de dignidad y de nobleza que yo no había visto antes en él. Cuando llegó al sitio en que yo me encontraba acercó la caldera donde Nieves hacía lavar los platos y sumergió mis manos en agua hirviendo para quitarles el carácter sagrado que la investidura de Santiago me había dado.....

Y cuando parecía que todo estaba concluído me envolvieron en un paño mortuorio y me llevaron a un templo donde me rezaron las paces de los difuntos

Un grito salvaje y desgarrador, que penetró como una puñalada en mi cerebro, ahuyentó la pesadilla que me ahogaba. Cuando abrí los ojos Nieves se retorció entre los brazos del Conciliario y Barinaga, con el rostro desfigurado, movía tristemente la cabeza llena de sabiduría.....

Y cuando las campanas de Santa Ana empezaron el toque de agonía, y el solemne misterio de la muerte paralizó el corazón que había sido relicario de purísimo amor y de virtudes acrisoladas, atento sólo a la voz de la sangre que me gritaba desde el fondo de mis entrañas, ¡maldije el egoísmo de los hombres que forja pa-

trias y banderas! ¡Maldije la injusticia del Cielo que hería sin piedad a un ser inocente y no me fulminaba con sus rayos y, cayendo de rodillas, sentí que sobre mi cabeza se rompía el equilibrio de los mundos!.....

Trujillo, Noviembre de 1924. *Carlos Camino Caldeira*





UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 076144234